

## Capítulo 7: El exilio (1797-1800)

El P. Chaminade se proponía ir a España por Bayona y San Juan de Luz. Un consuelo tan agradable como inesperado le estaba reservado en la primera de esas dos ciudades: allí encontró a su hermano Luis<sup>a</sup>.

Este último acababa de pasar cuatro años en Orense, sin casi noticias de los suyos. La amargura del exilio sólo se había visto dulcificada por las pruebas de bondad de su anfitrión, monseñor Quevedo, el admirable obispo de la ciudad de Orense. Este prelado desplegó hacia los sacerdotes franceses una caridad que supera todo elogio; no sólo les invitaba a aceptar la hospitalidad de su diócesis sino que les dejaba su propio palacio y compartía con ellos sus ingresos episcopales<sup>1</sup>. A Luis Chaminade le dio su palacio como vivienda y un sitio en su mesa. El pobre exiliado se mostró digno de su benefactor. Este es el testimonio que José da de su hermano: «Se asoció a todas las obras de caridad y de piedad compatibles con su situación, y quiso ser miembro activo de ellas. La Providencia venía en su ayuda, él daba lo que recibía, y así él mismo siempre se encontraba en apuros; su piadosa estratagema solía ser entonces duplicar las limosnas»<sup>2</sup>.

Una carta escrita desde Astorga<sup>3</sup> por un sacerdote francés, con fecha 19 de junio de 1795, nos muestra que, durante su estancia en Orense, Luis estuvo metido en un intento de resurrección de la Compañía de Jesús. No nos puede extrañar su interés por esta Orden: los ejemplos y conversaciones de su hermano Juan Bautista le habían enseñado a amarla y respetarla. El alma de esta iniciativa era un eclesiástico de Tarbes llamado Dariès; tenía como principal auxiliar a Louis-Marie Baudouin, sacerdote de la Vendée que residía en Toledo<sup>4</sup>. La Compañía resucitada, para ser menos sospechosa, debía tomar el nombre de *Compañía de María*; entre los sacerdotes de España, contaba ya con profesos y novicios. Desgraciadamente Dariès no tenía la virtud necesaria para llevar a cabo esa empresa y la fundación se desvaneció<sup>5</sup>.

En el verano de 1797, las noticias de Francia eran tan favorables que muchos sacerdotes exiliados decidieron volver a su patria. Luis Chaminade fue uno de ellos. Antes de dejar la tierra hospitalaria de España, hizo, en acción de gracias, la peregrinación a Santiago de Compostela. Después se embarcó en La Coruña camino de San Juan de Luz.

---

<sup>a</sup> *El encuentro de los dos hermanos en Bayona es una mera intuición del P. Simler, que no está documentado. Es más, en la vida del P. Bouet por P. Rigagnon (AGMAR 16.7.1), se afirma que se encuentran en Zaragoza.*

<sup>1</sup> Esta conducta le valió una admiración universal. Véase sobre este tema el artículo del R.P. Delbrel sobre la emigración en España, *Etudes*, octubre 1891, p. 254. El rey de España ofreció al prelado las primeras sedes del reino y él las rehusó constantemente. El Papa Pío VII le revistió, en 1814, de la púrpura cardenalicia.

<sup>2</sup> *Eloge funèbre de Louis Chaminade. AGMAR 11.7.175.*

<sup>3</sup> Está en los Archivos de Saint-Sulpice, entre los *Matériaux pour servir à la Vie de M. Emery*, fajo 10 bis.

<sup>4</sup> *Vie de Louis-Marie Baudouin*, Poitiers 1873, p. 29. Al volver a Francia, en el verano de 1797, el P. Baudouin vivió un tiempo en Burdeos y no es imposible que allí hubiera conocido a José Chaminade, teniendo en cuenta además que se alojaba en casa de un compatriota, el P. Micheau, que, como veremos, estaba muy ligado al P. Chaminade. El P. Baudouin tenía una especial devoción a la Inmaculada Concepción y su acto de consagración a María Inmaculada (*Vie*, p. 43) presenta una gran analogía con el que el P. Chaminade puso en su *Manuel du serviteur de Marie*. El P. Baudouin fundó la Compañía de los Hijos de María Inmaculada, que tiene su sede en Chavagnes, en Vendée. Murió en 1835 y fue declarado Venerable en 1871.

<sup>5</sup> La presencia en esta obra de un sacerdote de apellido Chaminade hizo pensar que se trataba del Padre José Chaminade. Sería de esta fuente de donde sacaría la primera idea de la Compañía de María que fundó más tarde (Véase *Lettres d'Uclès*, 2ª serie, T. I, 3er. fascículo, 1890-1891, p. 438). El parecido es fortuito: Luis Chaminade, que fue el único que estuvo metido en este asunto, había muerto hacía tiempo cuando su hermano José fundó, en 1817, su Compañía de María sobre bases muy diferentes a las de la Compañía de Jesús. Por la continuación de esta historia será fácil convencerse de que no había nada en común entre las dos obras. *El P. Simler no trata en profundidad el asunto Bernard Dariès, que fue alumno del P. Chaminade en Mussidan y después se quedó como profesor allí. Conviene consultar J.V., t. I, p. 50-55; P.H., p. 143-151 y Pierre Zind, "Les nouvelles Congrégations de Frères enseignants en France de 1800 à 1830, Centre d'histoire du Catholicisme Français de l'Université de Lyon, 1969, p. 60-68. Si así se hace, se llegan a conclusiones mucho más matizadas y distintas de las que llega el P. Simler en esta nota.*

¡Cuál no sería su dolorosa extrañeza cuando, en el puerto mismo, en el momento en que ponía pie en tierra de Francia, oyó publicar el decreto del 19 fructidor (5 de septiembre), que ponía en vigor todas las leyes persecutorias contra los sacerdotes no juramentados! «Pero, nos dice su hermano, la paz de su alma no pareció alterarse con esta noticia inesperada, que tanta turbación y agitación causaba a su alrededor. No se le escapó una sola palabra de murmuración. Obligado a esconderse enseguida de los agentes de los perseguidores, recibió la hospitalidad de una buena cristiana que lo ocultó en su casa. No se decidió a volver a España hasta informarse por sí mismo de que en Bayona había suficiente número de sacerdotes escondidos como para acudir en auxilio de los fieles».

La Providencia tenía otros planes al llevar a Luis Chaminade a Bayona. Era el momento en que llegaba su hermano José, y tuvieron la alegría, después de cinco años de separación, de fundirse en un abrazo. Tras las primeras efusiones, se pusieron de acuerdo sobre la decisión a tomar. La ciudad de Bayona tenía suficientes sacerdotes para el santo ministerio; por tanto, los dos hermanos tenían que ir a España. Pero ¿a dónde dirigir sus pasos? ¿Había que volver a Orense o residir en una ciudad más cercana a Francia, con la esperanza de una próxima pacificación? José se inclinaba por esta última solución. Propuso Zaragoza, no tanto porque esta ciudad refugiaba desde el comienzo de la Revolución un gran número de sacerdotes franceses como porque era la ciudad por excelencia de la Santísima Virgen en España. Allí se veneraba a la Virgen del Pilar a cuyos pies José quería derramar sus oraciones durante los tiempos libres del exilio. No tuvo dificultad para convencer a Luis. Si quedaba alguna duda, una voz autorizada iba a hacerla desaparecer; era la del arzobispo de Auch, que también emprendía camino de Zaragoza.

Monseñor de la Tour du Pin Montauban, arzobispo de Auch, era de las grandes figuras del episcopado en esta época<sup>6</sup>. Su firmeza en oponerse a todas las exigencias injustas compaginaba con la moderación de sus ideas y su amplitud de miras. El había dejado la diócesis forzado por un mandato de arresto (agosto 1791). Se instaló primero en el valle de Arán y después, obligado a alejarse de la frontera, puso el centro de su administración en Zaragoza, y confió todos sus poderes al P. Castéran, que era ya vicario general de Tarbes. Se retiró en la soledad y la pobreza al monasterio de Montserrat, de donde no salió más que en contadas ocasiones para animar a los sacerdotes exiliados y predicarles algún retiro. Al oír los primeros rumores, en 1795, pasó los Pirineos; sus amigos tuvieron que forzarle para llevarlo a tiempo a un lugar seguro<sup>7</sup>. Hizo un nuevo intento en 1797, y esperaba desde hacía dos meses, en Bayona, el momento propicio para volver a su diócesis, cuando se reinició la persecución (septiembre de 1797)<sup>8</sup>.

El prelado no conocía personalmente a ninguno de los dos hermanos Chaminade; pero sobre José le habían llegado informaciones que hacían que le tuviera en gran estima. La diócesis de Bazas, que no tenía obispo desde 1792, pertenecía al arzobispado de Auch. En las relaciones con su metropolitano, el P. Culture, vicario general de Bazas, había hablado más de una vez del celo y la prudencia del P. Chaminade, al que se dirigían los sacerdotes juramentados para retractarse. El prelado recibió con los brazos abiertos al sacerdote que había sido uno de sus colaboradores e invitó a los dos hermanos a ir a Zaragoza como él<sup>b</sup>.

Dejaron Bayona antes que el arzobispo porque el pasaporte de José iba a expirar. El paso de la frontera ofrecía dificultades, no para José, condenado al exilio, sino para Luis que había entrado ilegalmente en Francia y seguía bajo la amenaza de deportación, si era descubierto. La Providencia vino en ayuda de nuestros viajeros. Llegaron a orillas del Bidasoa en el momento

<sup>6</sup> Louis-Apollinaire de la Tour du Pin Montauban (1744-1807), obispo de Nancy desde 1778, fue transferido al arzobispado de Auch en 1783. Se hizo notar por sus ideas muy liberales respecto a los juramentos, fue uno de los primeros en enviar al Papa su dimisión cuando el Concordato, y aceptó en 1802, por dedicación a la Iglesia, el simple obispado de Troyes. Murió en 1807. Véase el opúsculo del R.P. Delbrel, S.J., *L.-Apollinaire de la Tour du Pin Montauban*, París, Rétaux, 1892.

<sup>7</sup> [Delrieu] *Notice sur M. Besse*, Agen, sin fecha.

<sup>8</sup> Estos hechos, que no se relatan en la noticia biográfica que acabamos de citar, resultan de la correspondencia del P. Castéran con el obispo de Tarbes (Archivos del Seminario mayor de Auch).

<sup>b</sup> *Todo este relato hay que retocararlo. Un artículo de l'Apôtre de Marie 1911, n° 76-77, p. 124, que sigue la vida del P. Bouet, antes citada, dice que el P. Chaminade encontró en Bayona a un gran Vicario de monseñor de la Tour du Pin y solamente en España ya, probablemente en Tolosa (Guipúzcoa), al arzobispo de Auch en persona. La vida del P. Bouet pone Tortosa, pero parece ser una equivocación, dada la ubicación geográfica de las dos localidades.*

en que unos soldados iban a pasar el puente: se deslizaron en medio de la tropa y así pasaron desapercibidos. Llegaron a Pamplona, atravesaron los montes de Navarra y, bajando el rico valle del Ebro, llegaron a Zaragoza el 11 de octubre de 1797<sup>9</sup>.

Era precisamente la víspera de la gran fiesta de nuestra Señora del Pilar. Nos podemos hacer una idea del espectáculo del que fueron testigos por el minucioso relato de un sacerdote de Agen, refugiado como ellos en Zaragoza<sup>10</sup>. Dice este sacerdote: «El 12 de octubre vi la procesión más hermosa posible en honor de nuestra Señora del Pilar. Fue anunciada la víspera con todas las campanas de la ciudad; esa tarde y al día siguiente, doce fogatas ardieron mucho tiempo ante esta soberbia y opulenta iglesia. Muchas lámparas de plata ardieron durante toda la noche y una música muy bella retumbaba en la bóveda... Las misas comenzaron a las dos de la mañana... un pueblo inmenso se había desplazado allí de cuarenta o cincuenta leguas...

La procesión empezó a las tres de la tarde: todas las comunidades y parroquias de la ciudad asistieron corporativamente con sus banderas, cruz y reliquias... Se podían admirar cuarenta bustos relicarios de santos de plata maciza... Tuve la paciencia de contar en fila ochocientos setenta y tres sacerdotes. No se permitió asistir de sotana más que a ocho o diez vicarios generales, cada uno representando a su diócesis, porque la procesión no habría acabado nunca si se hubiese admitido a todos los sacerdotes franceses. La imagen procesional de nuestra Señora del Pilar era la última, llevada por eclesiásticos de los que veinte llevaban un palio sobre ella<sup>11</sup>...». Por la noche, nueva procesión, «la del *gran Rosario*. Había un número infinito de hombres y muchachos, todos miembros de la Cofradía, llevando cada uno una antorcha de cera de cuatro libras de peso».

Unos días después, al día siguiente de la Conmemoración de los fieles difuntos, nuestros exiliados asistieron a una nueva fiesta, la de los Mártires de Zaragoza cuyos cuerpos reposaban en la iglesia de los Jerónimos. Estas manifestaciones de una fe ingenua y profunda, aunque estuvieran desprovistas de esa «majestad francesa»<sup>12</sup> a la que estaban habituados nuestros sacerdotes, suavizaron las primeras amarguras del exilio. Por lo demás, recibieron una excelente acogida; ya había pasado el tiempo en que la población, ignorando el curso de los acontecimientos, veía con desconfianza a estos sacerdotes extranjeros y les reprochaba que habían abandonado a su rebaño en el momento de la persecución<sup>13</sup>. Ahora se conocía mejor la situación que les había tocado vivir en su patria y, salvo raras excepciones<sup>14</sup>, el pueblo se mostraba simpático y el clero amable. El propio gobierno que, por temor a concentraciones de emigrados, los dispersaba por todas las provincias y sólo permitía a un pequeño grupo la estancia en las grandes ciudades, había aflojado su rigor y los hermanos Chaminade pudieron instalarse en Zaragoza sin ser molestados. Cuando cuarenta años después, los sacerdotes españoles a su vez fueron exiliados y buscaron refugio en Francia, el P. Chaminade les recibió con los brazos abiertos en sus casas de Burdeos<sup>15</sup> e incluso en las del Franco Condado. Escribía a un director<sup>c</sup>: «Préstese a ayudar en todo lo mejor posible; es justo que devolvamos a este pobre clero la hospitalidad que nos concedió con tanta generosidad».

Zaragoza, la antigua capital de Aragón que, diez años más tarde, en un asedio memorable, iba a provocar la admiración del mundo entero por su heroica resistencia, era entonces una ciu-

<sup>9</sup> Conocemos la fecha exacta de su llegada a Zaragoza gracias a un certificado oficial que José se hizo que le expidieran las autoridades antes de volver a Francia.

<sup>10</sup> Es un relato, hasta ahora inédito, del P. Boissié, párroco de Ferrusac en Agenais, que debemos a la amabilidad del P. Durengues, cura de Mérens, autor del *Poillé historique du diocèse d'Agen pour 1789*.

<sup>11</sup> La estatua queda siempre en su sitio en la basílica; la que se lleva procesionalmente por la ciudad es una copia en plata.

<sup>12</sup> La expresión es del P. Artigues, compañero de exilio de Luis Chaminade. Brugière, *Livre d'or*, artículo *Artigues*.

<sup>13</sup> En Zaragoza se tenía también una queja especial contra los sacerdotes franceses: en la primera procesión de Nuestra Señora del Pilar a la que asistieron, no hicieron genuflexión ante la estatua, según el uso secular del país.

<sup>14</sup> Así, en 1797, entre la muerte del arzobispo monseñor Agustín de Lezo y Palomeque y el nombramiento de su sucesor Joaquín Company, el vicario capitular, Cistué, tuvo que dictar una ordenanza para obligar al párroco de Santa Magdalena a que dejase decir la santa misa en su parroquia a los sacerdotes franceses (*Papiers de Castéran*, Archivos del Seminario mayor de Auch).

<sup>15</sup> El arzobispo de Zaragoza, exiliado con muchos de sus sacerdotes, murió en Burdeos.

<sup>c</sup> *A M. Clouzet, carta 1217, 1 de septiembre de 1840, Lettres, t. V, p. 204.*

dad de 40.000 a 50.000 almas, con la mayor parte de calles estrechas, pero rectas, tenía edificios notables: el viejo puente del Ebro, la Seo o catedral, la basílica de nuestra Señora del Pilar, iglesias y conventos en gran número, la *lonja* de los comerciantes y, a poca distancia, fuera de los muros, la Aljafería, antiguo palacio morisco en que eran coronados los reyes de Aragón, y el monasterio de Santa Engracia cuya capilla subterránea encerraba las reliquias de los mártires de la persecución de Diocleciano. La ciudad y sus alrededores, en un radio de dos o tres leguas, ofrecían paseos agradables; más allá estaba la planicie un poco salvaje de Aragón, en la que no gustaba aventurarse.

Los emigrados eran lo suficientemente numerosos como para que la sociedad que formaban no dejara solos a los recién llegados. Había sacerdotes del Périgord, y todo un círculo de bordeleses, como el sacerdote cordelier Jacques Pinot, el banquero Lapoujade, que residía en Zaragoza por asunto de negocios y que puso todos sus bienes al servicio de los pobres sacerdotes emigrados, la señora Lalanne, que había fundado la *Providencia* en Burdeos, y su hermano, el canónigo Dudevand, que murió en las misiones<sup>16</sup>. Una caridad sincera presidía todas sus relaciones. Dice uno de los sacerdotes refugiados, el P. Besse: «Los sacerdotes refugiados soportan juntos la separación; sus alegrías, sus tristezas, sus recursos o su penuria, todo lo tienen en común; una carta, una noticia llegada de Francia aflige o consuela a todos casi con la misma intensidad que al hermano afectado; se les ve juntos en los paseos y en las ceremonias religiosas, y esta fraternidad sacerdotal conquista los corazones»<sup>17</sup>.

El arzobispo de Auch era el alma de esta sociedad; se unió a sus compañeros de exilio en Zaragoza hacia el 20 de octubre; por segunda vez, se instaló en medio de ellos, compartiendo su manera de vivir; estaba rodeado de la veneración no sólo de sus sacerdotes sino de toda la población<sup>18</sup>. Durante su primera estancia, en enero de 1795, había dado a los sacerdotes franceses un retiro cuyo recuerdo estaba todavía vivo cuando volvió a aparecer en 1797. Esta vez, les consagró varios meses, que fueron preciosos sobre todo para el P. Chaminade. Intimó con el prelado y le unió desde entonces un afecto inviolable. Por su parte, el santo arzobispo llegó a tener tan gran estima del joven sacerdote y un afecto tan vivo que tuvo la idea de tenerlo como colaborador. Tuvieron largas entrevistas, a las que se unían muy a menudo los dos vicarios de Tarbes, Castéran y Pradère, y que se prolongaron tras la marcha del prelado en una activa correspondencia<sup>19</sup>.

En marzo de 1798, monseñor de la Tour du Pin volvió a su retiro de Monserrat. Poco después de su marcha, rumores inquietantes se extendieron por la ciudad. Se decía que el rey de España, completamente dominado por el nuevo embajador de Francia, Truguet, estaba dispuesto a expulsar de sus estados a los pobres refugiados. No se equivocaban los rumores. El 27 de marzo de 1798, apareció una cédula real en la que el débil Carlos IV se expresaba así: «Mi voluntad real es que todos los emigrados franceses salgan de nuestros estados en el plazo más breve posible; y, para no negarles enteramente la hospitalidad que les ha sido otorgada hasta el presente, en consideración a su miseria, permitiré que los que quieran vayan a la isla de Mallorca, donde podrán recibir la ayuda de sus amigos y parientes»<sup>20</sup>. De ese modo la Francia revolucionaria perseguía a sus víctimas hasta los países hospitalarios que les habían acogido.

¿Qué iba a pasar? Se preguntaban ansiosamente en Zaragoza. El 8 de abril, el arzobispo de Auch escribía de Monserrat a Castéran para darle instrucciones y poderes en previsión de nuevas eventualidades, y añadía: «Temo que esta carta no le llegue a Zaragoza». Este mes de abril fue para los emigrados de espera angustiada. La cédula real no fijaba plazo para la marcha: de común acuerdo, se decidió esperar a los acontecimientos, pensando que no se perdía nada dando tiempo. En el mes de mayo, cuando se vio la lentitud con la que el gobierno procedía para la ejecución de sus órdenes, empezaron a tranquilizarse los ánimos. La destitución de Truguet confirmó las esperanzas. Todo se limitó a algunas formalidades preparatorias: los agentes del

<sup>16</sup> Véase, sobre la señora Lalanne, monseñor Baunard, *Vie de Mme. Barat*, 6ª edición, t. I, p. 358. El canónigo Dudevand fue poco después a la misión de Canadá y ya no se tuvieron más noticias de él.

<sup>17</sup> Delbrel, *Etudes*, octubre 1891, p. 265.

<sup>18</sup> «Aquí va el santo», decía la buena gente de Zaragoza cuando le veían (*Notice sur M. Besse*).

<sup>19</sup> Esta correspondencia se ha perdido, pero encontramos huellas de ella en la del P. Castéran.

<sup>20</sup> Geoffroy de Grandmaison, *Correspondant* del 10 de septiembre de 1891, p. 954.

poder repartieron a los sacerdotes de Zaragoza en diferentes categorías para las salidas; distribuyeron pasaportes y prorrogaron la obligación de utilizarlos<sup>21</sup>.

El arzobispo de Auch seguía sosteniendo el valor de sus amigos y dándoles consejos. Escribe al P. Castéran en una carta del 28 de mayo: «Ustedes tienen un pequeño respiro; con ello ganamos tiempo; hay que esperar que esto se suavizará. No hay que precipitarse, y también sería conveniente que apareciesen menos en público y que no salieron de paseo en grupos». En junio hubo una alerta seria entre los refugiados: la cédula real se ejecutaba con severidad en Madrid: el 13 de junio, 315 sacerdotes eran embarcados en Barcelona con destino a Palma. Volvió la confianza cuando se supo que era una medida aislada, para guardar las apariencias ante el gobierno francés.

En las provincias, la tolerancia se fue haciendo cada vez más amplia: la cédula fue suavizada en favor de los sexagenarios y enfermos y, en el mes de agosto, sin que hubiese sido revocada, ya no se tenía en cuenta. De Zaragoza no marchó casi nadie<sup>22</sup>. Para la mayor parte de los emigrados las cosas transcurrieron así: «A la noticia de la Real Orden que va a empujar el sacerdote emigrado hacia el interior o enviarle a Mallorca o a Canarias, la familia que le daba hospitalidad, los amigos, que en poco tiempo sus desgracias y esa bondad expansiva de nuestros sacerdotes han conseguido, se sobresaltan y se ponen en acción: el médico y el alcalde atestiguan enfermedades que harían este viaje mortal, y a menudo los que atestiguan son amigos del sacerdote francés que es ya de su tertulia y su compañero por las tardes; el gobernador de la provincia, gracias a las costumbres bonachonas y tolerantes que hacen encontrar en las administraciones españolas algo del régimen patriarcal, se deja gustosamente persuadir, y hasta convenecer, y se conjura el peligro».

Al año siguiente, hacia la primavera, nueva cédula, nuevo sobresalto; pero también nuevas interpretaciones benignas que hacen la medida todavía más inofensiva. El P. Castéran habla en sus cartas «de la gran suavidad con la que se ejecuta, de la acogida favorable del pretexto de ligeras enfermedades» para ser dispensado de obedecer, «lo que hace que nadie se mueva»<sup>23</sup>. Así pues se pasaron los días de ansiedad de Zaragoza. Pero los espíritus se preocupaban del estado general de Europa; la Revolución, triunfante en los países de alrededor de Francia, ¿iba a ser, en breve plazo, dueña de Europa? El momento más crítico fue el que siguió a la muerte del infortunado Pío VI (26 de agosto de 1799); los filósofos decían a porfía que el Papado estaba muerto y que «se había acabado con esta institución»<sup>24</sup>.

En medio de estas fluctuaciones, los refugiados de Zaragoza no cesaban de dirigir al cielo ardientes súplicas por la salvación de su patria. El arzobispo de Auch les recomendaba especialmente la devoción al Sagrado Corazón y algunas oraciones que eran, según él, «admirables para este momento, compuestas por un trapense muerto como un santo en Fribourg de Suiza»<sup>25</sup>.

Los hermanos Chaminade compartían las emociones sucesivas de sus cohermanos y se unían a todas sus oraciones. Pero su actitud era de una confianza absoluta en la Providencia, disposición que se refleja en su correspondencia y en los recuerdos que José nos ha dejado de esta época. Dice en el *Elogio* de su hermano Luis: «Dos veces durante su estancia en Zaragoza vinieron órdenes muy severas del rey de España de enviar a todos los franceses a las islas. Nunca se turbó, nunca salió de su boca una palabra de murmuración». Es muy significativo lo que escribía a Marie-Thérèse Lamourous<sup>26</sup>: «No seremos felices, no tendremos la paz hasta que nuestras voluntades sean enteramente conformes a la de Dios. Que nuestra sumisión y nuestra resignación a las disposiciones de la Providencia hagan nuestra tranquilidad independiente de la variedad de los acontecimientos».

Su resignación tuvo que ejercitarse sobre todo cuando, a los sufrimientos comunes a todos los exiliados, se añadió para él el temor de perder a su hermano Luis. Una larga y cruel en-

<sup>21</sup> Carta de Castéran al obispo de Tarbes, 12 de mayo de 1798.

<sup>22</sup> Cartas de Castéran al obispo de Tarbes, 26 de junio, 7 de julio y 4 de agosto de 1798.

<sup>23</sup> Carta del 6 de abril de 1799 al obispo de Tarbes.

<sup>24</sup> Palabras de Bernadau, el maldiciente cronista de Burdeos (H. Lelièvre, *Ursulines*, p. 157).

<sup>25</sup> Cartas a Castéran, 30 de abril y 4 de octubre de 1798. Se trata de una obra titulada *Les nouveaux Trappistes*, escrita por Tassin, antiguo sulpiciano, que se hizo trapense en la Val Sainte, cerca de Friburgo. Estas oraciones han sido editadas por otro sulpiciano, Lasausse.- Véase L. Bertrand, *Bibliographie sulpicienne*, 3 volúmenes, París, Picard, 1900 artículos, *Tassin y Lasausse*.

<sup>26</sup> 2 de marzo de 1799. *Carta 15, Lettres, t. I, p. 24.*

fermedad puso en peligro la vida de su hermano querido y, durante varios meses, retuvo a José a su cabecera. Cuando recobró la salud tuvo que compartir con su hermano el dolor de la muerte de su padre (4 de marzo de 1799). En esta multiplicación de pruebas, los dos vieron la esperanza de una misericordia más abundante y esperaron con paciencia que llegase para ellos el momento de la Providencia. Siguieron haciendo la vida de todos los días, esa vida simple y callada cuyas ocupaciones vamos a describir.

## Capítulo 8: Las ocupaciones del exilio (1797-1800)

¿Cómo ocupaban los sacerdotes emigrados en España las semanas y los años de un tiempo libre forzoso cuya duración se prolongaba más de lo esperado? Gustosamente hubiesen prestado al clero del país la colaboración de su ministerio; pero una ordenanza real, con fecha 2 de noviembre de 1792, les apartaba de toda función oficial, de la enseñanza y del ejercicio del santo ministerio. La ordenanza se aplicaba con rigor, porque se desconfiaba de la diferencia no sólo de las costumbres sino también de las ideas y de la doctrina; se temía que los refugiados importasen a España la semilla del jansenismo<sup>27</sup>. Lo único que se les permitía era decir la misa, confesarse mutuamente y excepcionalmente catequizar a los niños. El P. Castéran fue admitido en Zaragoza, por un privilegio quizá único, a tareas regulares en el colegio San Juan Bautista, dirigido por los religiosos escolapios. En estas condiciones, los sacerdotes franceses ¿cómo proveían a su subsistencia?

La mayor parte de estos pobres exiliados agotaron pronto sus recursos personales y no podían contar más que con su trabajo y la caridad pública. Algunos consiguieron decir las misas a horas tardías en las parroquias. Muchos de ellos se vieron obligados a ejercer profesiones poco compatibles con el carácter sacerdotal: hubo médicos, chocolateros, bordadores, cuchilleros, cesteros, artesanos de toda clase de oficios. «El reverendo Martin, de Agen, tallaba en madera con la destreza de un pastor de los Alpes y vendía a las amas de casa de Zaragoza utensilios de mesa y objetos de tocador»<sup>28</sup>. Para procurar de una manera más digna lo estricto necesario a los sacerdotes indigentes, se organizó una colecta en España en 1795, y se continuó los años siguientes. El obispo de la Rochelle, monseñor de Coucy, fue el promotor; Castéran y Pradère fueron sus colaboradores. En el año 1796, las ayudas distribuidas alcanzaron la suma de 101.642 reales (alrededor de 25.000 francos). A esta colecta general se añadió una colecta especial, que organizó Castéran, en beneficio únicamente de los sacerdotes necesitados de Cataluña y Aragón. Muy frecuentemente estas ayudas eran los honorarios de las misas que les encargaban.

Los hermanos Chaminade no figuran entre los sacerdotes beneficiados de la colecta. Al contrario, en una lista referida a la ejecución de las cédulas reales, encontramos su nombre con la mención de que «tienen lo suficiente para vivir». ¿Quién les proporcionó lo necesario? ¿Quizá el arzobispo de Auch, su protector, o el banquero Lapoujade o algún otro amigo? No tenemos ninguna noticia sobre esto. Sólo sabemos que no trajeron de Francia recursos suficientes como para poder prescindir, durante varios años, del fruto de su trabajo o de las ayudas de la caridad.

Nos es también imposible seguir a los dos hermanos en sus ocupaciones de cada día. Sin embargo, las notas redactadas por José para el *Elogio fúnebre* de Luis nos dan algunas pistas. Nos dicen, por ejemplo, que Luis cuidaba de algunos jóvenes franceses para formarles en los conocimientos y en las virtudes del estado eclesiástico. Eran jóvenes que monseñor de la Tour du Pin y el P. Castéran habían llamado de las diócesis de Auch y Tarbes para asegurar el reclutamiento del clero<sup>29</sup>. A Luis le gustaba tarea; le atraía la educación; veremos que se dedicó a esta noble tarea hasta el final de su vida. Sin duda esta ocupación fue la razón por la que el arzobispo de Zaragoza le concedió los poderes del santo ministerio con fecha del 8 de octubre de

<sup>27</sup> Delbrel, *Etudes*, octubre 1891, p. 271.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 271.- Delrieu, *Notice sur M. Besse*.

<sup>29</sup> Cfr. Delbrel, *Mgr de la Tour du Pin*, p. 43.

1799<sup>30</sup>. En los momentos libres que le quedaban, Luis hacía flores artificiales que llevaba a las iglesias, como testimonio de su fe y de su piedad.

José compartía con Luis este útil pasatiempo. Leemos en una de sus cartas a Marie Thérèse de Lamourous<sup>31</sup>: «Estoy haciendo dos ramos de flores, uno para usted y otro para mí, que llevaré a la santísima Virgen, en la primera de sus fiestas». Pero sus preferencias estaban en otro oficio: moldeaba en yeso pequeñas estatuas de Cristo, de la Virgen y de los santos, que vendía enseguida, lo que era una fuente de recursos para los dos hermanos. Mucho tiempo después, enseñaba a sus discípulos los moldes que había utilizado<sup>32</sup> y, en sus conferencias espirituales, sacaba de este tipo de ocupación una bonita comparación: relacionaba el trabajo exigido para la formación de un santo de carne y hueso con el que necesita un santo de yeso. Decía: «En uno y otro no hay nada que admirar mientras la materia está todavía en preparación en manos del artista. Pero cuando sale formada y pulida resulta de un valor muy precioso».

Sin embargo, el P. Chaminade dedicó la mejor parte de su tiempo, durante los tres años de su estancia en Zaragoza, a la oración y a la meditación. Tomó de nuevo los libros de teología para profundizar en ellos y completó sus conocimientos en historia eclesiástica y en exégesis: la Biblia le llegó a ser familiar, como lo prueban su correspondencia y sus instrucciones.

Sus estudios no fueron sólo especulativos: como observador práctico, se fijó en los usos y en la disciplina de la Iglesia de España, y en los institutos monásticos del país. En este último aspecto, su exilio aportó a sus conocimientos anteriores un complemento que le fue muy útil.

En Zaragoza estaban representadas casi todas las Órdenes antiguas: Benedictinos, bajo diversas denominaciones y constituciones, franciscanos, dominicos, agustinos, jerónimos, carmelitas, trinitarios, clérigos regulares de las Escuelas Pías. El P. Chaminade visitó sus conventos y se dio cuenta tanto de sus diferentes observancias como de su espíritu interior. Parece<sup>33</sup> que juzgaba el fervor de una comunidad principalmente por cómo era observada la regla del silencio.

Sus visitas se extendieron incluso a las comunidades de alrededor, especialmente a la Trapa de Santa Susana, que estaba en los límites de Aragón y Cataluña. Este monasterio era de creación reciente: religiosos de la Gran Trapa refugiados en la Val Sainte, en Suiza, habían enviado a España a una de sus colonias; de la abadía de Poblet, en Cataluña, donde los exiliados habían encontrado un asilo provisional, se trasladaron procesionalmente a Santa Susana en medio de una enorme afluencia de gente (enero 1796)<sup>34</sup>.

Sorprendía la extrema austeridad de estos monjes. El abad de la Val Sainte, Dom de Lestrangé, había ido más lejos en el rigor de la regla de la Gran Trapa: había disminuido el tiempo de sueño, que ya era de por sí corto, había prohibido toda otra bebida que no fuese el agua, y había reemplazado por la tabla tal cual la esterilla que el abad Rancé había considerado necesaria para que los Hermanos tuvieran un descanso reparador. Esta vida pareció tan admirable a Chateaubriand que la describió en su *Génie du Christianisme*, reproduciendo las cartas del caballero Charles Clausel de Coussergues, que llegó a ser simple hermano converso en el monasterio de Santa Susana<sup>35</sup>.

El arzobispo de Auch bajaba frecuentemente de Monserrat a Santa Susana; venía a hacer las ordenaciones y se edificaba con el espectáculo de tantas virtudes. Quizás por él tuvo el P. Chaminade las primeras relaciones con este convento. Las visitas que hizo al monasterio le encantaron. En ninguna parte había encontrado una vida más celeste, una contemplación más alta, un olvido más completo del mundo y de sus vanidades, una disciplina más severa y mejor observada. Aquí comprendió plenamente el papel de las órdenes contemplativas en la santa Iglesia, el valor de sus oraciones y de sus austeridades y el inmenso tesoro acumulado por ellos en favor de las almas. Se inspirará en Santa Susana más tarde cuando indicará reglas especiales a las comunidades destinadas a la vida agrícola. Favorecerá también con toda su fuerza la recons-

<sup>30</sup> Archivos del arzobispado de Zaragoza. Estas informaciones y algunas otras nos han sido facilitadas por el Sr. Fajarnez, antiguo Rector de la Universidad de Zaragoza. Le expresamos nuestro agradecimiento.

<sup>31</sup> 19 de julio de 1799. *Carta 18, Lettres, t. I, p. 26.*

<sup>32</sup> Notas del señor Serment. *AGMAR 17.4.328, p. 7.*

<sup>33</sup> Notas de uno de sus discípulos, el Padre Caillet.

<sup>34</sup> Cfr. Dubois, *Histoire de l'abbé de Rancé*, Paris, 1886, p. 700, y la obra anónima titulada *Dom de Lestrangé et les Trappistes pendant la Révolution*, Imp. de la Grande Trappe, 1898, p. 59 y ss.

<sup>35</sup> *Génie du Christianisme*, IV parte, libro III, nota 6.

titución de la Orden de los Trapenses en Francia y recogerá en dos ocasiones los restos de Santa Susana después de su expulsión de España.

Ya durante su propia estancia en España, el P. Chaminade dio un testimonio de su gran estima al sacrificarle su hijo espiritual Guillaume Bouet. Este joven sacerdote, cuya virtud estaba a la altura de una vocación tan santa, se enamoró de tal modo de esta vida que solicitó de su director y padre el permiso para abrazarla. Ante esta manifestación el P. Chaminade se vio al principio sorprendido y apenado: tenía otros planes para este querido discípulo; pensaba ya en él como su primero y principal colaborador en sus trabajos futuros; pero pronto reconoció los signos manifiestos de una vocación divina en las aspiraciones de esta alma generosa. Así pues, inclinándose ante los impenetrables designios de la Providencia, concedió la autorización pedida<sup>a</sup>.

Al no contar con recursos suficientes para el mantenimiento de muchos religiosos, el prior, Dom Gerásimo, se veía obligado a rehusar el santo hábito a un gran número de sacerdotes y emigrados franceses que se lo pedían. Hizo una excepción en favor de Guillaume Bouet, cuya virtud le había impresionado. No tuvo que arrepentirse de ello: el P. Bouet fue no sólo el modelo de la comunidad sino que se convirtió en el guía en tiempos difíciles. Por lo demás, al dejar al P. Chaminade para encerrarse en el monasterio, no perdió el recuerdo del que siguió llamando padre. Más aun, en recuerdo de él, quiso tomar el nombre de José, como nos lo hace ver en una carta posterior. Escribe al P. Chaminade<sup>36</sup>: «Usted sabe, y yo no lo olvidaré, que si tengo el honor de llevar el nombre bendito de José, se lo debo a usted después de Dios».

Aparte de la ocasión que tuvo de conocer mejor la institución monástica, los tres años de exilio fueron preciosos para el futuro fundador. Le terminaban de preparar a la misión que la Providencia le destinaba. Templaban su alma en el sacrificio, el recogimiento y la oración y le aseguraban flujos de luces y gracias cuya virtud rebrotará en toda su carrera. Decía él mismo<sup>37</sup>: «¡Oh bondad y misericordia de Dios, que nunca se manifiestan mejor que cuando parece que nos abruma!»). Tras las pruebas del Terror, arrancándole de Burdeos, Dios le pedía «sonreír todavía», por emplear sus propias expresiones, «a estas tres terribles hermanas, la pobreza, los sufrimientos y las humillaciones». Le condujo a la soledad para hablarle al corazón, porque es en el retiro donde tiene la costumbre de moldear a aquellos de sus servidores que destina a trabajar mucho y a sufrir mucho por su nombre. En Zaragoza, el P. Chaminade encontró el Manresa donde aprendió a renunciar sin restricciones, donde fue admitido a penetrar en los misterios de Dios y donde recibió indicaciones sobre su misión futura.

El lugar en que el cielo le prodigó estos favores fue la *Santa Capilla* de nuestra Señora del Pilar<sup>38</sup>. El templo de la Virgen se eleva a la orilla del Ebro, cerca del Viejo Puente. En el siglo XVIII, la fe del pueblo reemplazó el antiguo santuario por un edificio de proporciones gigantescas, que hoy todavía no está acabado en todas sus partes, pero que estaba ya consagrado al culto cuando el P. Chaminade llegó a Zaragoza en 1797<sup>39</sup>. Se han prodigado los mármoles, las esculturas y la plata maciza, suntuoso testimonio de la devoción de los aragoneses a su Patrona y que el himno de la fiesta justifica en estos términos: *Prisca paupertas placebat, / nec novus mos displicet*<sup>40</sup>.

En el interior de la basílica se eleva la *Santa Capilla*, especie de sancta sanctorum que encierra la estatua milagrosa. Allí no se ha ahorrado ningún esplendor y el oficio divino reviste un carácter excepcional de solemnidad. Dice uno de los exiliados<sup>41</sup>: «No hay nada tan hermoso y

<sup>a</sup> Esta afirmación no es del todo exacta. En realidad, G. Bouet cambió de confesor con la anuencia del P. Chaminade para que le permitiera ingresar en la Trapa. El P. Chaminade mantuvo siempre muy serias reservas sobre la permanencia del P. Bouet por motivos de salud y de equilibrio nervioso. Cfr. J.V., t. II, p. 17.

<sup>36</sup> El 20 de agosto de 1846.

<sup>37</sup> Carta a Marie Thérèse de Lamourous, 26 de julio de 1800. *Carta 21, Lettres, t. I, p. 29.*

<sup>38</sup> Se conoce la tradición según la cual el apóstol Santiago el Mayor evangelizó España, y vio aparecer, para levantar su ánimo, a la Virgen, todavía viva, llevada por los ángeles sobre un pilar. La Santa Capilla es el lugar de esta aparición.

<sup>39</sup> La basílica tiene la forma de un rectángulo de 130 metros por 66. Está coronada por varias cúpulas que le dan un aspecto oriental. De las cuatro torres del proyecto sólo una está acabada. La reconstrucción de la nueva basílica data de 1681. *Téngase en cuenta la fecha en la que escribe el P. Simler para situar la descripción que hace de la basílica del Pilar.*

<sup>40</sup> Himno de Laudes.

<sup>41</sup> El sacerdote Dupuy, de la diócesis de Agen (*Notice* por Delrieu).



majestuoso como la procesión de los canónigos de nuestra Señora del Pilar dirigiéndose, al salir del coro, después de cada oficio, a la Santa Capilla. Se les puede ver marchar a paso lento, de dos en dos, y hacer una genuflexión profunda antes de prosternarse para cantar o salmodiar con voz grave la antífona a nuestra Madre ante su imagen sagrada. He aquí un culto que no vemos que se le rinda en Francia».

En este venerado santuario, en que la presencia de la augusta Virgen se hacía en cierto modo sensible, al P. Chaminade le gustaba pasar largas horas en oración y abrir su alma en comunicaciones enteramente filiales con la divina Madre. No podemos penetrar en todo el misterio de estos coloquios, pero sabemos que las gracias recibidas fueron de dos clases, unas que tenían por objeto la santificación personal del apóstol, y otras la misión que le iba a ser confiada.

Las primeras, por su naturaleza, escapan a la historia, a menos que quien haya sido favorecido con ellas nos las revele. Pero ninguno de los escritos íntimos del P. Chaminade ha llegado hasta nosotros; además este hombre de acción no ha sido de los que plasman en el papel hasta la más mínima de sus impresiones; no tenía ni el tiempo ni el gusto de hacerlo. Afortunadamente su correspondencia, por muy centrada que estuviese en el tema específico de la carta, no podía ser tan impersonal que no dejase ver las disposiciones habituales y las aspiraciones íntimas de su alma. Precisamente de la época del exilio tenemos largos fragmentos de cartas de dirección, dirigidas a Marie-Thérèse de Lamourous. Esas cartas nos muestran un trabajo de purificación que desprenden cada vez más su alma de las cosas terrestres, un aumento creciente de la virtud de la fe, base y alimento de las demás virtudes, una confianza en Dios y en María que ningún obstáculo logra romper, una estima profunda del sufrimiento y finalmente un amor que mantiene el corazón continuamente unido a Dios y que no tiene más que un fin: ganar almas.

Escuchemos el eco de sus pensamientos en las recomendaciones que hace a su hija espiritual<sup>42</sup>: «Aunque yo sea el más flojo y el más sensual de los hombres, tengo una fe firme en que los que sufren son felices. Lo creo tan firmemente como creo en el misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿en qué consiste la dicha de sufrir? Me guardaré mucho de responder directamente a esa pregunta; creería hacer una injuria al amor del sacrificio que Dios le ha inspirado a usted por él y por la divina Víctima del Calvario y de nuestros altares. Yo le diré solamente esto: Tenga cuidado de que el fuego no se apague, échele a menudo la leña». Dice también<sup>43</sup>: «Querida hija, ¡qué alegría si yo tuviese la dicha de ver su corazón entregado al amor, sensible sólo a los intereses del Bien Amado! ¡El amor divino habría quizá ya herido su corazón si usted hubiera tenido un padre que estuviese también penetrado de ello! Ruegue usted a Dios que tenga misericordia de él y que no permita que sus pecados recaigan sobre sus hijos». Dice además<sup>44</sup>: «¡Ánimo, querida hija, ánimo! Que todas sus landas, sus brezos y sus arbustos<sup>45</sup> le griten: ¡Ánimo! ¡Ánimo! ¿Por qué te desalientas tú que tienes la dicha de conocer la verdad». Y termina diciendo: «¡Vivan la humildad y la caridad, que hacen que uno ya no esté preocupado de sí mismo sino de Jesucristo y sus miembros!». El P. Chaminade no separaba nunca a Jesucristo de sus miembros, ni su propia santificación de la de los demás: no entendía que se pudiese ser cristiano sin ser apóstol.

No había dudado nunca de su propia vocación al apostolado, pero ignoraba su forma precisa: sus esfuerzos infructuosos por entrar en distintas Órdenes religiosas revelan bastante la incertidumbre de su espíritu. Por el contrario, desde su estancia en Zaragoza, y es la segunda gracia que recibe, las sombras se disipan y la llamada de Dios se hace oír en términos más claros y decisivos. Se podría estar tentado de atribuir a su imaginación un favor de ese tipo. Pero si se observa que, por una parte, no había un temperamento menos imaginativo que el del síndico de Mussidan y que, por otra parte, los acontecimientos posteriores justificaron las concepciones de Zaragoza ¿cómo no reconocer aquí la mano de Dios?

Dios encargó a María de este papel de iniciación: a ella le correspondía puesto que el P. Chaminade debía ser su apóstol. Más de una vez, tras el nacimiento de sus Órdenes religiosas, el venerado fundador declaró a sus discípulos que no había hecho más que seguir la llamada de María, y un día, en un desahogo íntimo en medio de sus primeros hijos de la Compañía de María, resumía en estas palabras las impresiones y las luces de esas horas benditas de comunica-

<sup>42</sup> 23 de septiembre de 1799. *Carta 19, Lettres, t. I, p. 26.*

<sup>43</sup> 5 de julio de 1800. *Carta 20, Lettres, t. I, p. 27.*

<sup>44</sup> 15 de enero de 1799. *Carta 13, Lettres, t. I, p. 23.*

<sup>45</sup> Alusión a las landas del Pian.

ción con el cielo: «Tal como os veo delante de mis ojos, os vi mucho tiempo antes de la fundación de la Compañía». Después, como si hubiese dicho demasiado para su humildad, añadió: «Lo que sois, lo sois por nuestra buena Madre, la Inmaculada Virgen María; es ella quien ha concebido esta fundación; es ella quien ha preparado sus elementos; es ella quien continua velando y ocupándose de su obra<sup>46</sup>». El P. Chaminade no ha querido descubrir completamente el secreto de esta llamada misteriosa; muchas veces le preguntaron sus hijos sobre este suceso extraordinario, y siempre esquivó la respuesta; pero sin dejar nunca de afirmar, en sus conferencias y en sus cartas, que al fundar sus Institutos religiosos había obrado no por sí mismo sino por orden del cielo.

Desconocemos hasta qué punto la santísima Virgen descubrió el futuro a su servidor. Pero sabemos que sobre algunas de sus ideas proyectó una claridad que no suele rodear a los proyectos puramente humanos. He aquí tres de esas ideas. La primera es que su misión debía ponerse bajo el nombre y los auspicios de la Virgen Inmaculada, a quien está reservado el triunfo sobre la herejía de los tiempos actuales y las del pasado. La segunda es que sus obras tendrían un alcance que nunca se habría atrevido a darles él mismo: su apostolado no sería individual y pasajero, sino que se ejercería por asociaciones que serían mantenidas en el espíritu de su institución por un Instituto de religiosos propiamente dichos, coronamiento de todas las demás obras. La tercera es que este apostolado revestiría formas que le permitiesen llegar con más seguridad a todas las clases de la sociedad; el Instituto religioso se acoplaría a las exigencias de los tiempos y lugares, con tal de que se asegure siempre la esencia de la vida cristiana y de la vida religiosa.

La aplicación de estas ideas fundamentales comunicó al conjunto de la carrera y de los trabajos del P. Chaminade una notable unidad, que sólo se explica por la fe en su misión. Esta fe permanece imperturbable a pesar de los obstáculos: nada le detiene; marcha con paso seguro, como hombre que no pierde nunca de vista su fin y que tiene la seguridad de alcanzarlo.

Esas ideas, cuando se iban precisando así, no quedaban tan escondidas en el pensamiento del futuro fundador que no apareciese nada al exterior. Sabemos que dialogó con uno de sus más queridos compañeros de exilio, un sacerdote de Lauzerte (Tarn-et-Garonne), Joseph-Louis Imbert, que le había atraído por su gran espíritu de fe<sup>47</sup>. En sus conversaciones hablaban a menudo de las condiciones en que debía ejercerse el apostolado al terminar la Revolución y se dice que, desde ese momento, el P. Imbert hizo prometer al P. Chaminade que un día le proporcionaría algunos de los colaboradores que pensaba crear bajo los auspicios de María<sup>48</sup>. Efectivamente, vemos más tarde al P. Imbert, nombrado párroco de Moissac, conseguir para esta ciudad una de las primeras fundaciones de la Compañía de María.

El fin del exilio se acercaba, y con él el comienzo de los grandes trabajos. El camino estaba señalado por nuestra Señora del Pilar: el P. Chaminade se comprometió a andarlo con la firme confianza de un hijo respecto a su madre.

## Capítulo 9: La administración de la diócesis de Bazas (1800-1802)

En Francia se precipitaban los acontecimientos: el descrédito del Directorio, la vuelta del general Bonaparte, el golpe de estado del 18 brumario, la proclamación de la Constitución del año VIII eran síntomas de un apaciguamiento definitivo. Se presentía un gobierno estable, y se entreveía el final de una Revolución que se había hecho odiosa para todos los que no dejaba vivir. Los ojos de los exiliados se volvían hacia París y seguían con avidez las peripecias del últi-

<sup>46</sup> Testimonio de sus primeros discípulos, especialmente del Padre Rothéa, y frecuentes alusiones en su correspondencia. *El escrito del P. Rothéa se encuentra en AGMAR 155.1.66. Sobre la interpretación que da el P. Simler a esta visión conviene consultar: Eduardo Benlloch, SM, "El mensaje Chaminade hoy", Ediciones SM, Madrid 1987, los dos primeros capítulos y especialmente las p. 23ss. (texto digital en Ágora marianista/Espiritualidad/Tiempo y espacio). Ver también J.V., t. II, p. 3-26.*

<sup>47</sup> Joseph-Louis Imbert, nacido en Lauzerte el 6 de agosto de 1763, fue párroco de Saint-Pierre en Moissac en 1814 y murió ocupando ese puesto el 28 de septiembre de 1840.

<sup>48</sup> *Notas* de un religioso de la Compañía de María, Canette, que era originario de Moissac y había conocido personalmente al P. Imbert.

mo acto de este largo drama. Sus corazones se abrieron a la esperanza cuando oyeron al primer Cónsul mantener este lenguaje pacificador dirigiéndose a los habitantes de la Vendée: «Los ministros de un Dios de paz serán los primeros motores de la reconciliación y de la concordia;... que vayan a estos templos que se vuelven a abrir, para ofrecer con sus conciudadanos el sacrificio que expiará los crímenes de la guerra y la sangre que ella ha hecho derramar»<sup>49</sup>.

El P. Chaminade se apresuró a pedir a su representante Louis Lafargue que volviese a hacer en Burdeos las gestiones para ser borrado de la lista de emigrados. Le mandó un certificado de residencia en Zaragoza, fechado el 4 de marzo de 1800 y atestiguando que, desde el 11 de octubre de 1797, había residido sin interrupción en esta ciudad<sup>50</sup>. Un primer intento de Lafargue ante el prefecto de la Gironde fue vano: se le respondió que la petición era demasiado tardía y que los documentos debían haber sido enviados antes del 4 nivôse del año VIII (25 de diciembre de 1799). Lafargue se dirigió directamente al ministro de la policía, Fouché<sup>51</sup>, y obtuvo una respuesta favorable pocos días después, el 22 de julio de 1800<sup>a</sup>. Los documentos pasaron por la tramitación administrativa y salieron el 2 de septiembre de 1800, refrendados por el prefecto de la Gironde: el P. Chaminade era definitivamente borrado de la lista de emigrados.

Esta feliz noticia lo encontró dispuesto para la vuelta. Concertó con Castéran los medios de comunicar con él y con los demás eclesiásticos de Zaragoza; se convino en que la intermediaria sería de hermana del P. Castéran, señorita Henriette, que había cumplido en Tarbes este peligroso papel durante toda la Revolución. En la libreta de correspondencia en que consignaba el contenido de las cartas a su hermana, Casteran escribió con fecha 4 de noviembre de 1800: «Anunciado que el señor Chaminade, respetable sacerdote, del que hago un gran elogio, le escribirá de tiempo en tiempo desde Burdeos para pedirle comunicación de las cosas y escritos relativos a la religión, que yo le pasaría»<sup>52</sup>.

El viajero se despidió del santuario bendito de nuestra Señora del Pilar, donde tantas gracias habían inundado su alma. Llevó allí la efusión de su agradecimiento y, fortalecido con la bendición maternal, se puso en camino hacia la frontera. En el momento de la marcha, un amigo generoso, el banquero Lapoujade, deslizó en su vestido un puñado de oro para los gastos del camino y la reinstalación en Burdeos<sup>53</sup>. Iba acompañado por su hermano Luis y por algunos sacerdotes que no estaban en regla como él con el gobierno de Francia, pero que confiaban en sus buenas disposiciones. Entraron en Francia sin obstáculos y los dos hermanos llegaron a Burdeos.

Así pues, tenemos de nuevo al P. Chaminade en la ciudad donde ejercerá un apostolado de casi medio siglo. Volvía como a un puesto de combate, abundantemente provisto para una larga campaña. Traía instrucciones precisas de su Maestro, tenía un estandarte para reunir las tropas, el de la Virgen Inmaculada y unas armas invencibles, la fe en Dios y el abandono en la Providencia.

No tenía más riquezas: su sirvienta tuvo que prestarle los muebles más indispensables<sup>54</sup> y, al poco tiempo de su vuelta, tuvo que vender un ornamento de valor que le habían regalado. Pe-

<sup>49</sup> Proclamación del 7 nivoso año VIII (28 de diciembre de 1799), citada por O'Reilly, *Hist. complète de Bordeaux*, IIª parte, t. II, p. 324.

<sup>50</sup> Este documento y los siguientes se encuentran en los Archivos nacionales F7 5127, *dossier Chaminade* (Gironde).

<sup>51</sup> Al estilo de su carta no le falta sabor si se tiene en cuenta a quién va dirigida: «Ciudadano ministro, vengo a desahogar mi dolor en su seno paternal. Tenga a bien recibirme con bondad. Hace tiempo Guillermo José Chaminade, sacerdote no juramentado y refugiado en España, en ejecución de la ley del 19 fructidor, me dio todos sus poderes para solicitar y obtener ser borrado de la lista de emigrados, en la que figuraba, a pesar de que no había abandonado su país, después de lo cual no cesa de suspirar», etc.

<sup>a</sup> *Hay algunas inexactitudes en estas afirmaciones. En realidad, el P. Chaminade pudo volver a Francia, no por las gestiones de Louis Lafargue, sino por efecto del decreto promulgado por los cónsules el 20 de octubre de 1800, que abría las puertas de la patria a todos los eclesiásticos que hubieran salido del territorio francés obedeciendo a las leyes. Cfr. J.V., t. II, p. 32.*

<sup>52</sup> Lo convenido fue ejecutado. Con fecha del 12 de agosto de 1801, escribe Castéran: «anunciado que estoy muy contento de que el señor Chaminade le haya escrito, y halagado por su recuerdo, que me ha dedicado» (*Papiers de Castéran*).

<sup>53</sup> Encontramos este detalle en una carta del Padre Chaminade a Caillet, fechada en 1849. *En realidad se trata de una Memoria a los Sres. Ramonet y Faye, árbitros. Carta 1510, Lettres, t. VII, p. 638.*

<sup>54</sup> Carta al Sr. David, 9 de marzo de 1833. *Carta 670, Lettres, t. III, p. 254.*

ro ¿qué le importaba eso? Sabía que no es ni con oro ni con plata como Jesús y María establecen su reino en esta tierra. Llegaba a Burdeos como en otro tiempo había llegado Felipe Neri a Roma, después de haber dejado todo, bienes, familia, patria: era poco más o menos tan pobre como Felipe y, como él, preocupado únicamente de la salvación de las almas. En el fondo de su exilio, el abandono de las almas no había cesado de hacerle gemir. Escribía desde Zaragoza<sup>55</sup>: «En Burdeos, ¡cuántas personas hay abandonadas en lo temporal y en lo espiritual, y expuestas a perder una eternidad de dicha!». Grito de apóstol, que estaba bien justificado por el triste estado de la ciudad.

Burdeos no era ya aquella ciudad opulenta que él había conocido antes de la Revolución. La guerra y la tiranía habían destruido el comercio y acumulado las ruinas: el número de habitantes había descendido en 20.000. La situación moral era todavía más deplorable que la situación material. El pueblo, privado durante años de toda instrucción religiosa, languidecía en la ignorancia de las verdades de fe y se entregaba a prácticas inspiradas por la superstición más que por la religión. El clero comenzaba a llevarle ayuda, pero oficialmente no se había devuelto la paz a la Iglesia. Las autoridades no eran ya hostiles, pero tampoco eran todavía favorables; la mayor parte de las iglesias permanecían cerradas y el clero era mirado con cierta desconfianza.

La verdad es que en el mundo administrativo sólo se esperaba una señal del nuevo patrón, y los funcionarios de Burdeos no eran los menos entusiastas en aclamar al «héroe cuyas manos triunfantes presentaban a todos los franceses los laureles de la gloria y el olivo de la reconciliación»<sup>56</sup>. Bonaparte se contentaba con exigir al clero que residía en Francia una promesa de fidelidad a la Constitución del año VIII<sup>57</sup> y, desde el mes de diciembre de 1800, se decía con misterio que se habían entablado negociaciones entre el primer cónsul y el nuevo Papa Pío VII, con vistas a un acuerdo para la reorganización religiosa del país. Animados por la actitud tolerante del gobierno, los católicos de Burdeos habían abierto en los diferentes barrios de la ciudad, a falta de iglesias, simples oratorios a los que los fieles acudían en masa: un informe de la policía eleva a 3.000 el número de los que frecuentaban el oratorio de Barada.

Ése era el estado de la ciudad a la vuelta de los hermanos Chaminade. Luis, cuya situación no era totalmente regular, se retiró a la campiña. Allí no permaneció inactivo y ejerció su celo en la parroquia de Macau, a unas leguas de Burdeos, en el Médoc.

José no tenía ningún motivo para esconderse y se juntó para su ministerio al demasiado pequeño número de sacerdotes que servían a la ciudad. Así le vemos cumplir todavía sus funciones de penitenciario en el oratorio de la Madeleine, uno de los primeros que se abrieron, de los más espaciosos y de los más frecuentados. Recibía con gran solemnidad las retractaciones de los sacerdotes juramentados, según las reglas establecidas en 1795<sup>58</sup>. Ejercía también su ministerio en otros oratorios. Al principio del año 1801, predicó una misión con la colaboración de un cohermano, el P. Cheylard, en un oratorio de la calle Doidy, en el barrio de los Chartrons. Tuvo la alegría de ver al pueblo acudir en masa, escuchar ávidamente la palabra de Dios y cantar con emoción los cánticos piosos que durante tanto tiempo habían estado prohibidos<sup>59</sup>.

Una anécdota de esta época nos hará ver su manera de ganar las almas alejadas de la religión. Un italiano, llamado Bruschi, intérprete en Burdeos de italiano y español, se estaba muriendo. Su mujer y su hija, dirigidas del P. Chaminade, le pidieron que visitase a este pobre hombre, extraviado desde hacía tiempo por los prejuicios de la filosofía. El P. Chaminade lo abordó con esa afabilidad que era uno de los rasgos de su carácter. Primero fue una simple visita de cortesía. Hablaron familiarmente; poco a poco la conversación versó sobre Dios, sobre la inmortalidad del alma. El enfermo parecía interesarse por estas cuestiones que en otro tiempo habían ocupado su espíritu. Enseguida hablaron del papel bienhechor de la Providencia en el mundo y finalmente el visitante fue a parar a esta conclusión inesperada: «¿Cree usted que no es

<sup>55</sup> A Marie-Thérèse de Lamourous, 15 de enero de 1799. *Carta 13, Lettres, t. I, p. 22-23.*

<sup>56</sup> Proclamación de un funcionario bordelés en 1800. C. Jullian, p. 698.

<sup>57</sup> Esta promesa de fidelidad se prestó en general sin dificultad. Sin embargo, suscitó escrúpulos en algunas conciencias que argüían el derecho divino, y un cierto número de sacerdotes prefería continuar su ministerio en secreto. En las discusiones que se produjeron, el gran defensor de la ilegitimidad de la promesa fue el cardenal Maury, que desde Montefiascone se esforzaba en hacer creer que el Papa la desaprobaba. El Papa no se pronunció.

<sup>58</sup> H. Lelièvre, *Ursulines*, p. 158.

<sup>59</sup> Bertrand, *Histoire des Séminaires*, t. II, p. 58.

por un designio de la Providencia que se encuentre frente a un sacerdote católico en el estado en que yo le veo?». El enfermo se estremeció. Fue para él un rayo de luz que despertó la fe de su infancia.

Entonces el P. Chaminade le ayudó a encontrar la verdad a través del dédalo de opiniones y prejuicios que la tenían oculta a sus ojos. Recitaron juntos el símbolo hasta el último artículo: Creo en la vida eterna. Tras acentuar fuertemente estas palabras, el sacerdote añadió esta única recomendación: «Diga a menudo estas palabras: *Creo en la vida eterna*». Volvió al día siguiente y tuvo la alegría de oír a su enfermo, en cuanto lo vio, que decía con tono de voz expresivo: «Sí, señor, ¡creo en la vida eterna! ¡y soy feliz de creer!». Esta alma estaba ganada para Dios. El enfermo se confesó ese mismo día, recibió la absolución al día siguiente, y, al siguiente, el santo Viático y la Extremaunción. Al contarle, el P. Chaminade decía que pocas veces había visto una muerte más edificante que la de este incrédulo convertido<sup>60</sup>.

El P. Chaminade tenía su propio oratorio<sup>b</sup>. Ya no era el de la calle Sainte-Eulalie, sino otro situado en el corazón de la ciudad, entre las dos antiguas parroquias de Saint-Siméon y Saint-Projet, en la calle Saint-Siméon. Esta capilla fue, desde el mes de diciembre de 1800, la cuna de las Congregaciones de la santísima Virgen, de las que hablaremos después ampliamente. Excepcionalmente, se bendecían o rehabilitaban matrimonios y se confería el bautismo<sup>61</sup>: en este caso uno de los congregantes, o incluso la sirvienta Marie Dubourg, cubría a menudo la función del padrino o madrina ausentes. Esta capilla tenía además otra importancia: era frecuentada por muchos sacerdotes y fieles de la antigua diócesis de Bazas, a causa de las funciones especiales de que estaba investido el P. Chaminade respecto a ellos.

Efectivamente, había vuelto de España con el título de vicario general y administrador de la diócesis de Bazas. El último obispo de esta ciudad, monseñor de Saint-Sauveur, había muerto en 1792, en medio de los suyos, dejando una gran reputación de modestia, bondad y sabiduría<sup>62</sup>. Culture, su vicario general, gobernó provisionalmente la diócesis, pero sucumbió pronto bajo el peso de la edad y de los sufrimientos soportados en la cautividad. Entonces monseñor de la Tour du Pin, metropolitano de Bazas, pensó en encargar de esta diócesis al P. Chaminade, que ya conocía a muchos sacerdotes por sus funciones de penitenciario y que había dado pruebas en esta ocasión de grandes cualidades administrativas. La confianza del arzobispo de Auch puso al P. Chaminade en una gran perplejidad: por una parte, estaba el deseo de agradar a un prelado que le colmaba de tantas atenciones y, por otra, el temor de no saber corresponder a la misión especial que se le encargaba, que era una misión de evangelización y no de administración. Aceptó, con la esperanza de verse pronto liberado de este peso, como consecuencia de la reorganización de las diócesis de Francia.

Esta administración era una pesada carga porque la diócesis de Bazas era extensa. Cruzaba el departamento actual de la Gironde y se extendía desde Sainte-Foy-la-Grande, sobre la Dordogne, hasta Castejaloux en el Lot-et-Garonne, abarcando el distrito de La Reôle. Desde 1792, salvo el corto intervalo de 1795 a 1797, en que el P. Culture pudo ejercer su autoridad, la diócesis había quedado abandonada a sí misma. No quedaba más que un pequeño número de sa-

<sup>60</sup> El hecho sucedió el mes de agosto de 1801; el relato nos ha sido transmitido por el nieto del enfermo.

<sup>b</sup> *El P. Simler ignora la existencia de una primera residencia del P. Chaminade a su vuelta a Burdeos y de su primer oratorio: calle Arnaud Miqueu, 7 (hoy 36), tercer piso. Este oratorio fue la cuna de las Congregaciones. El oratorio de Saint-Siméon sólo se abrió prácticamente un año después de la llegada del P. Chaminade a Burdeos. Cfr. El artículo de Henri Lebon "Sur les traces du Bon Père Chaminade: résidences et oratoires de M. Chaminade à Bordeaux..." en "L'Apôtre de Marie, t. VIII, 15 mars 1912, p. 393-401.*

<sup>61</sup> Los archivos del arzobispado de Burdeos conservan numerosas actas de bautismo y de matrimonios celebrados en el oratorio de la calle Saint-Siméon por el Padre Chaminade, con el consentimiento de los párrocos interesados. Efectivamente, en esta época (1801 y 1802), algunos de los antiguos párrocos habían vuelto a tomar provisionalmente el cuidado de sus parroquias.

<sup>62</sup> Monseñor Amédée de Grégoire de Saint-Sauveur (1708-1792), originario de la diócesis de Mende, capellán de Luis XV, obispo de Bazas desde 1746, fue diputado de los Estados generales, y, a pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir la supresión de su sede. Monseñor de Cicé le ofreció su hospitalidad en el palacio archiepiscopal de Burdeos en una carta del 31 de octubre de 1790. Rehusó y prefirió morir en medio de los suyos (16 de enero de 1792). Había pedido ser enterrado en medio de sus pobres en el pequeño cementerio del hospicio de Bazas. Se puede ver allí todavía su modesta tumba (Cf. O'Reilly, *Hist. de Bazas*, 1840).

cerdotes fieles, y la reorganización se había hecho todavía más difícil por la ausencia total de archivos, al haber sido destruidos todos los documentos durante la Revolución.

Para realizar su tarea sin sacrificar su ministerio en Burdeos, el P. Chaminade escogió como secretario a un sacerdote que había trabajado con él durante los días malos, el P. François Pineau<sup>63</sup>. Además, al no poder residir en Bazas, nombró en esta ciudad un subadministrador, el P. Pierre Fabas, antiguo arcipreste de Lauzerte, en la diócesis de Cahors<sup>64</sup>; dio un título semejante a otros dos sacerdotes, Pouget y Lugat, para otras partes de la diócesis.

Esta medida no le dispensó de trasladarse frecuentemente a los lugares para darse cuenta del estado de cosas y tratar directamente con sus administrados. Aprovechaba para predicar y conferir los sacramentos, como dan fe de ello los libros de registro de Bazas.

Las dificultades eran considerables y venían de varios lados a la vez. Los católicos tenían buena voluntad, acudían a las iglesias e incluso se esforzaban en contribuir al mantenimiento de sus sacerdotes<sup>65</sup>. Pero los constitucionales ocupaban muchas parroquias y, a ejemplo de Lacombe, su obispo, mantenían la cabeza muy alta y pensaban contar en el nuevo poder. Parece que en Bazas sólo la catedral, la iglesia de Saint-Jean-Baptiste, estuvo a disposición de los católicos. Al lado de estos cismáticos, había separatistas de otro tipo, frente a los cuales la actitud del administrador era particularmente delicada. Eran sacerdotes que se negaban a hacer la promesa de fidelidad a la Constitución del año VIII<sup>66</sup>. Mal vistos por las autoridades e incluso perseguidos, mantenían oratorios secretos, al lado de los oratorios públicos abiertos por los sacerdotes que habían aceptado la Constitución. Sin condenarlos, el P. Chaminade les desaprobó y trabajó en establecer entre todos ese acuerdo que era la primera condición del bien en circunstancias todavía críticas.

De cara a las autoridades, la situación no era menos difícil. La consigna del gobierno era una tolerancia general con todos los que habían hecho la promesa de fidelidad, tanto si eran antiguos constitucionalistas como no juramentados. Pero el P. Chaminade estaba obligado a tener en cuenta esa distinción que el poder civil no hacía. De ahí un aprieto continuo, del que se puede hacer idea leyendo las dos cartas siguientes entre el subprefecto de Bazas y su jefe jerárquico de Burdeos. El subprefecto Carrouge se expresaba así<sup>67</sup>:

«Desde que los sacerdotes deportados o que estaban escondidos ejercen su culto públicamente, pasan algunas pequeñas cosas entre éstos y los sacerdotes juramentados, que han hecho llegar algunas quejas; esto es tan delicado que no me atrevo a tomar ninguna decisión y me he limitado a algunas reflexiones que me he permitido hacer a algunos. Los sacerdotes constitucionales del año VIII<sup>68</sup> rehacen muchos matrimonios, niegan el bautismo a los niños de los que van a la misa de los sacerdotes juramentados; les condenan y les lanzan el anatema. Un sacerdote residente en Burdeos, llamado Chaminade, que se dice vicario general de Bazadais, es esperado en esta ciudad para predicar a los católicos. Se me ha asegurado que no ha hecho la promesa de sumisión, y se dice por todo el país que en Burdeos no se exige y que se deja ejercer libremente el culto sin esta condición; y que somos liantes al exigir aquí a los sacerdotes la garantía exigida por el gobierno. Sin embargo, yo que sobre este tema no conozco más que las leyes y órdenes del gobierno, al que considero muy suave y pacífico, digo que, en lo que de mí dependa, no vendrá a mi distrito ningún sacerdote a ejercer el culto si no sé previamente que ha aceptado las órdenes del gobierno o quiere aceptarlas, *sine qua non*. Tenga a bien, ciudadano prefecto, mostrarme su amistad diciéndome su manera de pensar sobre el objeto de esta carta. Mis saludos y respetos».

<sup>63</sup> François Pineau era un joven sacerdote, ordenado en 1790, que, según las *Notas* oficiales de 1802, «tiene todas las virtudes eclesiásticas y no le falta más que una mejor voz para el púlpito». Con el Concordato, fue nombrado vicario de Saint-Michel en Burdeos. Párroco de Saint-Nicolas de Graves en 1816, murió siendo canónigo titular el 15 de octubre de 1845.

<sup>64</sup> Pierre Fabas había nacido en 1761; se quedó en la diócesis de Burdeos después del Concordato y fue nombrado párroco de Auros. Murió el 9 de marzo de 1818.

<sup>65</sup> Un informe del subadministrador al P. Chaminade (29 de enero de 1802) dice que durante el año 1801 una comisión de laicos ha recogido para el mantenimiento de los sacerdotes 823 francos de plata, 3 celemines y 26 picotines de trigo, 14 celemines y 18 picotines de centeno.

<sup>66</sup> El principal de estos sacerdotes era Chiniac, de la diócesis de Limoges; más tarde fue párroco de Bazas.

<sup>67</sup> 22 germinal año IX, 12 de abril de 1801. *Archives dép. de la Gironde*, L. 911.

<sup>68</sup> Es decir los sacerdotes católicos que habían hecho la promesa de fidelidad a la Constitución del año VIII.

El prefecto respondió así: «Veo con dolor, con fecha del 25 germinal año IX (15 de abril de 1801), que los sacerdotes no sienten ni el favor de haber sido llamados, ni la dicha de vivir bajo el gobierno más suave y más tolerante que haya existido nunca; se diría que buscan hacerle arrepentirse de lo que ha hecho por ellos. Las circunstancias en que usted se encuentra exigen que haga detener al instante al sacerdote más sedicioso, y que lo haga llevar de brigada en brigada hasta la frontera extrema. Lo escogerá entre los insumisos o entre los constitucionales del año VIII que, con desprecio de su promesa, provocan alborotos en los municipios o en las familias. La Administración, siguiendo mis órdenes, pagará los gastos de esta operación. Es posible que, en una ciudad tan poblada como Burdeos, algún sacerdote insumiso se sustraiga a la vigilancia de la policía; pero esté usted convencido de que es a espaldas de los magistrados con desprecio de las leyes. La orden de los cónsules es imperativa: ningún sacerdote puede ejercer sin haber hecho su promesa de sumisión. A finales del año VIII se le transmitió una decisión del ministro de la policía general diciendo que un sacerdote, al entrar en un municipio, debe presentar la prueba auténtica de que ha hecho la promesa de sumisión, antes de ejercer. Si el sedicente vicario general de Bazadais no presenta esta prueba, usted debe prohibirle el ejercicio del culto en todo su distrito; en todo caso debe usted expulsarlo si ocasiona alboroto. Así lo ha hecho recientemente el subprefecto de Lesparre, y yo he aprobado ese acto porque era cuestión de principios. Odio la persecución, pero no olvido nunca que soy el depositario de la tranquilidad pública. Téngame exactamente informado de todo lo que pudiera comprometerla. ¡Saludos y fraternidad!».

Efectivamente, hacia esa misma fecha, el 29 de marzo de 1801, el subprefecto de Lesparre se había quejado, en términos amargos, del vicario general P. de Laporte, diciendo que «fanatizaba su distrito con ocasión de la fiesta de Pascua». El prefecto había ordenado enseguida el arresto del P. de Laporte, y, después de un interrogatorio (9 de abril), lo había metido en la cárcel<sup>69</sup>. Quizá la misma suerte esperaba al P. Chaminade: fue convocado ante el comisario general de la policía, Pierre. Compareció vestido de guardia nacional, estando todavía prohibido el hábito eclesiástico; sin ninguna dificultad presentó sus papeles y probó, lo que sin duda no pudo hacer el P. de Laporte<sup>70</sup>, que su situación, en lo que concernía a la emigración, era perfectamente regular. El comisario se mostró satisfecho, pero le recomendó expresamente que no se permitiese «quijotadas» fuera de su oratorio. El P. Chaminade anduvo desde entonces con más cuidado para no entorpecer su apostolado en detrimento de las almas<sup>71</sup>.

El Concordato, firmado la noche del 15 al 16 de julio de 1801, puso fin a los enredos de los funcionarios, y facilitó la tarea del vicario general de Bazas durante los últimos meses de su administración. La mayor parte de la diócesis pertenecía a la circunscripción del departamento de la Gironde y fue unida al arzobispado de Burdeos. En espera de que la sede de esta ciudad fuese provista de un titular, siguió activa la correspondencia entre el arzobispo de Auch y el P. Chaminade, por mediación de Castéran, como lo muestran los papeles de este último<sup>72</sup>. En la primavera siguiente, llegó el acuerdo sobre la mayor parte de los nombramientos episcopales: el arzobispo de Auch aceptaba, en su humildad, el simple obispado de Troyes, donde murió en 1810; la sede metropolitana de Burdeos era confiada al antiguo arzobispo de Vienne, monseñor d'Aviau.

He aquí la carta, escrita el 19 de junio de 1802<sup>73</sup>, en la que el P. Chaminade dio cuenta al nuevo arzobispo de la administración de Bazas:

«Monseñor, aprovecho con gusto el encargo que me hacen de testimoniarme la alegría que toda la diócesis de Bazas ha compartido conmigo al conocer su nombramiento para el arzobispado de Burdeos. Usted es esperado con esa especie de impaciencia que hace nacer el retraso de

<sup>69</sup> Fue puesto en libertad algún tiempo después, gracias a la influencia del futuro senador Jaubert. Debemos a la amabilidad del Sr. Vivie estos detalles relativos a de Laporte.

<sup>70</sup> De Laporte había abandonado Francia en 1792, y se encontraba en el caso de todos los emigrados: él podía ser arrestado.

<sup>71</sup> Esta anécdota ha sido contada, con variantes de detalles, por algunos de los primeros discípulos del P. Chaminade y por su familia.

<sup>72</sup> En una carta del mes de agosto de 1801, Monseñor de la Tour du Pin expresaba sus temores sobre las cartas que escribía al P. Chaminade, sea porque ignoraba todavía la conclusión del Concordato, que efectivamente no fue generalmente conocido hasta septiembre, sea porque la frontera no era segura.

<sup>73</sup> Esta carta, que se encuentra en los archivos del arzobispado, ha sido incluida por Bertrand en su *Histoire des Séminaires*, t. II, p. 40. *Carta 25, Lettres, t. I, p.34-35.*

un bien que se desea con ardor. Las buenas disposiciones del clero y del pueblo son un pronóstico favorable de los éxitos que promete su nuevo ministerio.

La mayor parte del obispado de Bazas se encuentra, a raíz del Concordato, en el arzobispado de Burdeos, por formar parte del departamento de la Gironde. No entraré en este momento en ningún detalle sobre el estado en que se encuentra esta diócesis. Tendré el honor de presentarle, cuando usted llegue, los cuadros de los distintos distritos, con todas las informaciones que hasta el momento he podido conseguir, tanto sobre las cualidades de los sacerdotes como sobre las localidades de las parroquias y el estado de las iglesias. Aunque yo haya puesto todo mi interés, habrá muchas imperfecciones. Todos los papeles fueron quemados. Hace alrededor de dieciocho meses que el santo arzobispo de Auch me forzó en cierta manera a aceptar la administración de esta diócesis. Por el entrañable y respetuoso afecto que tengo por él, y más todavía por el amor que Dios me ha inspirado a su Iglesia, cedí a su apremiante petición, y uní esta pesada carga a las numerosas ocupaciones que me ofrecía el estado de la ciudad de Burdeos y sobre todo el abandono de la juventud.

Ojalá mis trabajos, monseñor, hayan procurado alguna gloria a Jesucristo nuestro divino Maestro, hayan contribuido al restablecimiento de nuestra santa religión y le haya facilitado cultivar esta porción de la herencia del Señor de la que la Providencia le ha hecho el primer Pastor».

Cumpliendo su promesa, el P. Chaminade presentó a la nueva administración archiepiscopal notas detalladas sobre el estado de la diócesis. El P. de Laporte, encargado de presentar el trabajo de conjunto, no tuvo que hacer, por decirlo así, más que transcribir sus notas. A menudo las acompañaba con la mención: «Mi colega, el P. Chaminade, podrá dar informaciones más detalladas».

Monseñor de la Tour du Pin hubiera querido recompensar los servicios de su colaborador obteniéndole distintos favores de la corte de Roma. Pero el P. Chaminade no aceptó más que el título de *Misionero apostólico*, que le fue conferido por la Sagrada Congregación de la Propagación de la fe, el 28 de marzo de 1801<sup>c</sup>. Ninguna otra distinción podía agrardarle más ni responder mejor a sus aspiraciones. La misión era su vocación especial y en ella había sido confirmado, en cierto modo, en Zaragoza por Nuestra Señora del Pilar. Si podía ambicionar algún honor era el de verse designado por la Santa Sede misionero de la santísima Virgen para restablecer el imperio de la religión en las almas. El rescripto del 28 de marzo, transmitido al P. Chaminade por el cardenal Antonelli, le otorgaba además otros favores, pero el humilde sacerdote no quiso gozar de ellos y no los presentó nunca al refrendo del arzobispo de Burdeos.

En cuanto llegó monseñor d'Aviau, dejó en manos de su arzobispo el cargo de penitenciario y de administrador de la diócesis de Bazas, porque eran ocupaciones circunstanciales. El período de estas funciones provisionales se cerraba con la era revolucionaria.

La paz concedida a la Iglesia parecía sincera y estable; pero ¡a qué precio había sido adquirida! Se habían hecho concesiones que, en otro tiempo, habrían parecido excesivas. Así, las condiciones que en adelante se exigían a los sacerdotes constitucionales para su rehabilitación no se parecían en nada a las que les ponía el P. Chaminade en 1795, siguiendo las instrucciones venidas de Roma. Se puede comprobar por el extracto siguiente de una carta del cardenal Caprara a los obispos: «Monseñor, los sacerdotes constitucionales que quieran reconciliarse con la Iglesia harán la declaración siguiente: *Me adhiero al Concordato y estoy en comunión con mi obispo, nombrado por el primer Cónsul e instituido por el Papa*. Esta declaración deberá ser suscrita por los sacerdotes constitucionales, y los obispos añadirán que pongan en regla su conciencia, etc.»<sup>74</sup>.

El P. Chaminade no era de los que se erigen en jueces de los actos de la Santa Sede. No pensó más que en servir a la santa Iglesia, su Madre, con todas sus fuerzas. Se puso enseguida a la obra, empezando por trabajar y sembrar el campo que le había asignado la Providencia. Vamos a seguirle en las creaciones fecundas de su celo apostólico.

<sup>c</sup> *El Santo Padre dio su acuerdo en la audiencia de 22 de marzo de 1801. El decreto se promulgó por la Sagrada Congregación de Propaganda fidei el 28 de marzo de 1801. El cardenal Antonelli lo transmitió al arzobispado de Auch el 25 de abril de 1801. El P. Chaminade tuvo conocimiento sólo a fines de mayo o principios de junio de 1801. Cfr. Philippe Pierrel, "Sur les chemins de la misión", pro manuscrito, Paris 1981, p. 79 y J.V., t. II, p. 103.*

<sup>74</sup> Carta del 10 de junio de 1802.



## Capítulo 10: La casa de la Misericordia (1801)

Un día lluvioso de noviembre de 1800, cuando los viñedos del Médoc perdían ya su verdor y se adornaban de púrpura antes de quedar completamente despojados, un visitante en traje de viaje, con levita marrón, dicen los recuerdos de familia, se detuvo a la puerta de la aislada casa del Pian. Abrió Marie-Thérèse de Lamourous. ¡Qué explosión de sorpresa y de alegría cuando reconoció al P. Chaminade! ¡Volvía su guía después de tres años de ausencia! Tenía necesidad de apoyo en su aislamiento, sobre todo desde la muerte de su padre<sup>75</sup>. Lo que aumentaba su sufrimiento era verse privada de los auxilios espirituales que sólo pueden ser dispensados por el ministerio sacerdotal. Había dieciséis largos meses sin asistir a una misa, sin recibir una sola vez la santa comunión. No había tenido otro confesor que su cuadro de San Vicente de Paúl, al que, con una encantadora ingenuidad, confesaba sus faltas, a falta de un sacerdote que pudiera oírlo.

El P. Chaminade no había olvidado a esta alma que Dios se complacía en llenar de sus favores. No había dejado pasar ningún mes sin escribirle alguna carta desde el exilio: compartía con ella los consuelos que obtenía ante la estatua de nuestra Señora del Pilar y le inspiraba la confianza en María que a él mismo le animaba. Le escribía el 28 de diciembre de 1798<sup>a</sup>: «Le envío un trozo de algodón que ha tocado a nuestra Señora del Pilar. ¡Que la divina Madre se digne bendecir este algodón para que cure su sordera, si es para gloria de Dios!». En el correo siguiente, el 15 de enero de 1799, se alegra de la eficacia del remedio<sup>b</sup>: «Doy gracias a Dios por haberle curado completamente su sordera; ¡que se cumpla su voluntad!».

El P. Chaminade se esforzaba, en esta correspondencia, en prevenirla contra los desfallecimientos de la naturaleza, en medio de su desamparo y de sus pruebas. Le recomendaba, por encima de todo, el abandono en la Providencia. Decía<sup>76</sup>: «No seremos felices, no tendremos la paz hasta que nuestras voluntades sean completamente conformes a la de Dios. Que nuestra sumisión y nuestra resignación a las disposiciones de la Providencia hagan que nuestra tranquilidad sea independiente de la variedad de los acontecimientos». La animaba recordándole la generosa ofrenda que ella había hecho de sí misma, y que había sido visiblemente aceptada por Dios, puesto que él mismo se encargaba de inmolar la hostia<sup>77</sup>: «Usted comprende, querida hija, la dificultad de realizar la ofrenda que usted ha hecho de usted misma como víctima; es de presumir que cuanto más procure realizarla más repugnancia experimentará su naturaleza; quizá se debatirá como una víctima que se degüella. Pero su fe, su amor al Cordero degollado, el conocimiento del precio de los sufrimientos y humillaciones que Jesucristo ha divinizado en su adorable Pasión, la justicia de Dios que es preciso aplacar para usted y para los demás, todas esas miras sobrenaturales, si penetran en su alma, harán que usted se ría de lo que a veces parece abrumarle».

Él sufre con ella, y no se lo oculta<sup>78</sup>: «Elevémonos, querida hija, por encima de los sentidos, usted, superando con la fuerza de la esperanza y del amor la impaciencia de sufrir, y yo, combatiendo, con los criterios de fe, mi sensibilidad y mi compasión. Le confieso, puesto que a usted le gusta que le diga todo, que si escucho a mi naturaleza, le compadezco; pero si miro desde la fe, digo enseguida: Teresa es feliz, ella sufre». En este punto añadía la declaración que ya hemos citado antes: «Tengo una firme fe en que los que sufren son felices; lo creo tan firmemente como creo en el misterio de la Santísima Trinidad». Finalmente, elevando su mirada por encima de las vicisitudes de la tierra, le muestra el amor divino como el término de esa ascensión del alma a través de las humillaciones del sufrimiento<sup>79</sup>: «Dios parece haberle hecho para amarle incluso más de lo que le aman ordinariamente los cristianos fervientes. ¡Cuánto me gustaría hablar con usted de este tema! Me limitaré a una sola recomendación: sondee, interro-

<sup>75</sup> El Sr. Lamourous había muerto en 1799.

<sup>a</sup> Carta 12, *Lettres*, t. I, p. 21.

<sup>b</sup> Carta 13, *Lettres*, t. I, p. 21.

<sup>76</sup> 2 de marzo de 1799. Carta 15, *Lettres*, t. I, p. 24.

<sup>77</sup> 27 de abril de 1799. Carta 17, *Lettres*, t. I, p. 25.

<sup>78</sup> 23 de septiembre de 1799. Carta 19, *Lettres*, t. I, p. 26.

<sup>79</sup> 5 de julio de 1800. Carta 20, *Lettres*, t. I, p. 27.

gue a menudo a su corazón para saber si se deja afectar por alguna cosa que no sea Dios... ¡Oh!, querida hija, ¡ojalá tuviese yo la dicha de ver su corazón totalmente entregado al amor, sensible sólo a los intereses del Bien Amado!».

Los «intereses del Bien Amado» eran la salvación de las almas. La dirección del P. Chaminade tendía a ese fin y encontraba un eco tan fiel en el alma de Marie-Thérèse de Lamourous que a veces se veía obligado a moderar el celo que había provocado. Escribe el 15 de enero de 1799<sup>c</sup>: «Que la actividad de su espíritu y el ardor que tiene para con el prójimo no ahoguen en usted la operación interior de la gracia, y no interrumpan ese abandono continuo en las manos de Dios... Cierta moderación en el ejercicio de la caridad consigue a menudo hacer mucho más bien que siguiendo su actividad».

Como observador atento que era de las operaciones del Espíritu Santo en esta alma, el P. Chaminade estaba seguro de que había sido puesta providencialmente en su camino para colaborar en la gran obra entrevista en Zaragoza. En sus cartas, sobre todo en las del último período de su exilio, deja adivinar algo de sus planes. Dice el 26 de agosto de 1800<sup>d</sup>: «Tenga ánimo, el tiempo y los años pasan; usted y yo avanzamos en nuestra carrera; somos poco más o menos de la misma edad<sup>80</sup>, nuestros cuerpos se gastan y todavía no hemos hecho nada. Es cuestión de empezar de verdad algo para la gloria de Jesucristo, nuestro buen Maestro. Piense en ello y yo también pensaré»<sup>81</sup>.

Tanto pensaba en ello que a su vuelta a Burdeos se puso a trabajar sin tardanza. En su mente, las que debía proporcionar los elementos para constituir las demás obras apostólicas eran las congregaciones de jóvenes de uno y otro sexo. Para organizar la de las jóvenes, Marie-Thérèse de Lamourous era la auxiliar que el cielo parecía haberle preparado. Ya estaban las reuniones a prueba en el oratorio de la calle Saint-Siméon<sup>e</sup>, cuando, en el mes de diciembre, el P. Chaminade recibió la visita de una persona de edad, dedicada a las buenas obras, la señorita de Pichon-Longueville. Esta mujer de bien, desde el mes de julio anterior, había comenzado de nuevo un intento que se remontaba al año 1784, en favor de las jóvenes descarriadas de la ciudad de Burdeos. De acuerdo con la señorita Dudevant y la señorita Gramagnac, antes de la Revolución había tratado de abrir para las arrepentidas un asilo voluntario que vino a añadirse a los dos conventos de las Madelonettes y del Bon-Pasteur, donde las chicas de mala vida eran encerradas de oficio<sup>82</sup>. El intento había fracasado por falta de experiencia y sobre todo por falta de una persona que quisiera vivir con estas chicas y consagrarles su vida. La señorita Dudevant, convertida en señora de Lalanne, fundó el orfanato de la *Providence*. Pero la señorita de Pichon no abandonó nunca su primer plan y lo volvió a tomar en 1800 con mayor interés si cabe porque la desaparición de la Madelonettes y del Bon-Pasteur hacía la obra más urgente. Desgraciadamente su edad y sus enfermedades le hacían imposible ocuparse de su fundación con la actividad necesaria. Había buscado una colaboradora y la elección había recaído sobre Marie-Thérèse de Lamourous. Se presentaba al P. Chaminade para pedirselas.

<sup>c</sup> Carta 13, *Lettres*, t. I, p. 22.

<sup>d</sup> Carta 22, *Lettres*, t. I, p. 29.

<sup>80</sup> Marie-Thérèse de Lamourous tenía siete años más.

<sup>81</sup> Ya el 15 de enero de 1799 había escrito a Marie-Thérèse de Lamourous, cuando ésta pensaba, después de la muerte de su padre, deshacerse de su casa de campo de Pian: «Si Dios nos acerca, tomaremos alguna resolución importante para esta ermita; mientras tanto, esperando, manténgalo». Carta 13, *Lettres*, t. I, p. 23, ver también la nota 2.

<sup>e</sup> Era todavía en el oratorio de Arnaud Miqueu. Ver p. 69, nota b.

<sup>82</sup> Tendremos ocasión de hablar más adelante (cap. 13) del centro de las Madelonettes. En cuanto al Bon-Pasteur, situado en la calle del Grand-Cancéra, es célebre por el lúgubre drama del que fue testigo durante la Revolución (Cf. H. Lelièvre, *Les Religieuses de Notre-Dame pendant la Revolution*, p. 159 y ss.).

Dejemos por un momento la palabra al biógrafo de Marie-Thérèse de Lamourous<sup>83</sup>: «La respuesta de este venerable eclesiástico tan distinguido por su prudencia fue que tenía otros planes para Marie-Thérèse de Lamourous para otra obra buena, y por eso rogaba a la señorita de Pichon que no le hablase de ella. Pero enseguida, vivamente impulsado por una inspiración contraria, y temiendo oponerse a los planes de la Providencia, se volvió atrás en lo que había dicho y dejó a la que le había consultado la libertad para seguir su idea». Comprendió que Dios pedía de él el acto de fe que había pedido a su servidor Abraham, el sacrificio de los medios que la providencia misma parecía haber preparado para procurar su gloria. Así pues, sacrificó a Marie-Thérèse de Lamourous, con la misma generosidad que había mostrado sacrificando antes al P. Bouet en España. Confiaba en aquel que de las mismas piedras puede hacer nacer hijos de Abraham.

Quedaba conseguir el consentimiento de Marie-Thérèse de Lamourous. Su primera reacción a la propuesta de la señorita de Pichon no fue alentadora: de entre todas las obras de caridad, ésta le resultaba la más antipática. Consintió, sin embargo, en visitar la casa, calle Saint-Jean, donde estaban reunidas quince penitentes. En cuanto se encontró en medio de estas chicas, desapareció la repugnancia y dejó sitio a un gran contento interior. Por su parte, las arrepentidas, que tenían conciencia de no ser fáciles de gobernar, se decían entre ellas: «He aquí una que se arreglaría bien con nosotras».

Al salir de la casa, Marie-Thérèse sintió que renacían en el fondo de su alma las mismas repugnancias de antes. Nueva visita, nueva satisfacción, seguida de una nueva lucha. Y así en varias ocasiones. El P. Chaminade permanecía como mudo espectador, pero atento a estos diferentes movimientos. Una voz secreta le decía que favoreciese esta vocación singular e inesperada: acabó por dejar entrever a su dirigida que quizá la última palabra de su ofrenda como víctima se realizaría entre estas chicas que tanto horror le causaban. Efectivamente, en los papeles personales de esta época encontramos una renovación de su ofrenda impregnada de una singular energía. Dice: «Acepto, si es preciso, Dios mío, pasar mi vida sin el sentimiento de la gracia, en esas desolaciones interiores cuya amargura usted solo puede apreciar». Y añadía, con la conciencia de la debilidad inherente a nuestra naturaleza: «Me he dado cuenta de lo que Dios quiere de mí, he hecho el propósito de no rehusarle nada, y él ha recibido mi promesa; ¿sucederá con ésta como con las otras? Desde hace cuatro años vengo experimentando que es difícil, en algunas ocasiones, realizar el sentimiento, y que es mucho más fácil ofrecer orando que ofrecer sufriendo». Sin embargo, no se desanimaba mirando el pasado: «Esta experiencia no hace más que animarme a renovar mi ofrenda, puesto que conozco más su valor; recibid, pues, Dios mío, la ofrenda que os hago de mí misma y de todo lo que me pertenece, me ofrezco a vos en forma de víctima; haced de mí lo que queráis y el uso que os plazca de todo lo que vuestra gracia me haga merecer. No me reservo nada». Hacia esta época también, el P. Chaminade empezó a permitir a Marie-Thérèse de Lamourous que pronunciase votos, primero por cortos períodos, y después, a medida que disminuían los escrúpulos, por un tiempo más largo.

Un día de enero de 1801, impulsada por un sueño en que se le aparecieron, como a san Francisco Javier, almas a punto de precipitarse en el infierno si ella no quería ayudarlas, terminó de decidirse: tomó su montura, se trasladó de Pian a Burdeos, fue derecha a la vivienda del P. Chaminade y, bajo su inspiración, redactó allí el reglamento de la casa. Después ella le rogó que le acompañase a las penitentes. Cuando se terminó la visita de la casa, llevó a su director y a la señorita de Pichon hasta la puerta y, sin prevenirles antes, les dijo: «Buenas tardes, me quedo». El holocausto se había consumado.

La autoridad diocesana, representada por el P. Boyer, nombró enseguida al P. Chaminade superior de la casa. Estas funciones se añadían a ocupaciones ya múltiples, al ministerio ejercido en la ciudad de Burdeos, a las congregaciones que se estaban constituyendo y a la adminis-

---

<sup>83</sup> El P. Pouget, S.J., *Vie de Mlle. de Lamourous*, Burdeos, 1857, p. 54. Citamos la segunda edición por no poderse encontrar la primera, la de 1843 (Périsset, París y Lyon). El autor de esta Vida tuvo un conocimiento muy imperfecto de la comunicación del P. Chaminade con Marie-Thérèse de Lamourous; no tuvo en sus manos la correspondencia ni los documentos de la vida íntima de Marie-Thérèse de Lamourous que hemos citado. Esta obra debía haber sido escrita por el P. de Ravignan que, impedido en el momento de empezar el trabajo, lo confió a uno de sus cohermanos de Lyon, el P. Pouget. El P. de Maignol, sobrino de Marie Thérèse y párroco de Pian, se quejó de los anacronismos existentes en esta *Vie* (Carta a monseñor Donnet, 27 de julio de 1851, en los archivos del arzobispado de Burdeos). Una tercera edición apareció en 1888.

tración de la diócesis de Bazas. Ahora bien la nueva obra exigía tiempo y atención, como puede deducirse del testimonio de la propia Marie-Thérèse<sup>84</sup>: «Los comienzos fueron como el caos de un nuevo mundo. Piénsese en las piedras destinadas a la construcción de un edificio. Primero son amontonadas, después escogidas, talladas, empleadas o rechazadas por el constructor. Así fueron las primeras hijas de la Misericordia. Reunidas y como amontonadas en una pequeña vivienda, estaban expuestas, por el local mismo, a peligrosas tentaciones. Desgraciadamente algunas cedieron a sus turbulentas pasiones y a las sugerencias del tentador».

Afuera las dificultades para conseguir recursos no eran menores. Había que contar con las limosnas y el trabajo de las chicas: pobres recursos, teniendo en cuenta el estado de opinión respecto a la casa. Continúa diciendo Marie-Thérèse: «Se despotricaba en todas partes contra una obra que se miraba, por una parte, como el efecto de una imaginación exaltada y demasiado crédula, y, por otra, como una suma de todos los vicios, que no teniendo por principio más que la miseria y la impotencia momentánea de cometer el crimen, lejos de merecer la ayuda de la caridad, sólo debía excitar la indignación. De ahí las burlas, los desprecios y el cese de casi todo recurso. Y sin la omnipotencia de Dios, que sostenía el cielo de la directora, ¿habría podido ella luchar contra los obstáculos y diversas contradicciones que tenía que sorber?».

En esta coyuntura, la primera medida del P. Chaminade fue constituir un comité de damas patronas, que convocó en su oratorio de la calle Saint-Siméon y que consiguió interesar en favor de estas pobres chicas. Uno de sus amigos, el santo cura de Marmande, P. Martin de Bonnefond, que había pasado en Burdeos todo el tiempo de la Revolución, le prestó la colaboración de su elocuencia apostólica; conmovió los corazones y abrió los bolsillos<sup>85</sup>. Las ayudas llegaron y, aunque fuesen siempre insuficientes, los fundadores, confiados en la Providencia, decidieron pasar las penitentes a un lugar más amplio, a la casa llamada de los Baños, en las alamedas de Albret, para poder recibir a un mayor número.

El traslado tuvo lugar la víspera de la Ascensión, el 12 de mayo de 1801. El P. Chaminade lo presidió. Nos podemos hacer una idea de la pobreza de la casa por la del oratorio. Dice el P. Pouget<sup>86</sup>: «El frontal del altar era un vestido de Marie-Thérèse de Lamourous; unos frascos de tinta revestidos de papel pintado hacían de candeleros; en ellos se ponían cabos de vela, de la largura de un dedo, que la directora iba a pedir a las capillas». El P. Chaminade procedió a la instalación con verdadera solemnidad. Después de un instrucción, bendijo las tocas y los pañuelos de color negro que debían vestir las chicas, y les leyó el reglamento definitivo, acordado con Marie-Thérèse de Lamourous. Al día siguiente, día de la Ascensión, celebró la santa Misa, puso el Santísimo en el pobre sagrario e hizo cantar el oficio.

Le gustaba la solemnidad de las ceremonias: conocía el corazón del hombre y sabía que a menudo la voluntad sólo es arrastrada por medio de los sentidos tanto hacia el bien como hacia el mal. Por eso, no dejó de dar una solemnidad especial a la reconciliación de las penitentes, es decir, a su admisión a la Santa Mesa, tanto más cuanto que reglas muy severas existían para prepararse a este gran acto<sup>87</sup>. La primera ceremonia de este tipo tuvo lugar el 24 de mayo, es decir, unos días después de la instalación en las alamedas de Albret. Cuenta Marie-Thérèse

<sup>84</sup> *Mémoire sur les origines de la Miséricorde* por Mlle de Lamourous, citado en su *Vie*, página 62.

<sup>85</sup> *Vie de Mlle de Lamourous*, p. 64, y *Vie de M. de Bonnefond* por el conde de Marcelluz, Burdeos 1810, p. 94. Desgraciadamente para la Obra de la Misericordia, el P. de Bonnefond no tardó en dejar Burdeos para volver a tomar el gobierno de su antigua parroquia de Marmande. Fue mantenido allí por su obispo después del Concordato y allí murió con la reputación de un santo, el 15 de mayo de 1809. Una reseña complementaria sobre *M. de Bonnefond* fue publicada en Agen en 1896 por el padre Durengues.

<sup>86</sup> *Vie de Mlle. de Lamourous*, p. 205.

<sup>87</sup> La severidad de estas reglas, aprobadas por la autoridad competente, resultaba del estado de degradación inimaginable de la mayor parte de estas almas. Tras una experiencia de cuarenta años, el padre Chaminade se felicitaba en los términos siguientes por haber obrado con tanta discreción: «He aquí todo el secreto de los éxitos obtenidos hasta hoy por la bondad de Dios. De vez en cuando se han encontrado respetables confesores que han creído ver en estas reglas una especie de control de su ministerio en el tribunal sagrado, y un obstáculo para el bien de las almas. Pero han acabado siempre por reconocer, tarde o temprano, que teníamos razón en mantenerlas. A veces hemos tenido que lamentarnos de miserias que no tenían otra causa que la obstinación de confesores equivocados en su celo» (Véase un ejemplo claro en la *Vie de Mlle de Lamourous*, p. 109). «El respeto humano en el mundo vuelve a las almas pusilánimes en la práctica del bien; por el contrario en la Misericordia, protege del manto de la hipocresía y da el tono de la piedad» (Carta a la Superiora de la Misericordia de Laval, 17 de marzo de 1841. *Carta 1552, Lettres, t. V, p. 295-296*).

de Lamourous: «El primer fruto de la Misericordia, fue recogido por el P. Chaminade, superior de la casa y guía de Julia (así se llamaba la penitente reconciliada). Era justo que tuviese el consuelo de ofrecer a Dios esas primicias. La buena de Julia deploró sus errores con un dolor tan enérgico, renovó las promesas de su bautismo con tanta fuerza, se acercó a la santa Mesa con tanta confianza y amor, pidió con una humildad tan profunda que se le permitiese recibir los distintivos de la Santísima Virgen, reconociendo que era a Ella a quien debía su conversión, que todos los que fueron testigos de este espectáculo no olvidaron nunca la impresión saludable que produjo a sus almas»<sup>88</sup>.

Pronto el número de penitentes llegó a treinta y cinco. Era demasiado para aquel local; era necesario un segundo traslado. Se pasó a vivir a la casa Guérard, en las mismas alamedas de Albert; aquí la obra empezó a ser conocida con el nombre de *Misericordia*, que es el que ha quedado.

Pero todo iba demasiado bien como para que no apareciesen las pruebas. Marie-Thérèse de Lamourous tuvo su parte en ellas: atravesó crisis interiores extremadamente dolorosas; se vio turbada con fantasmas y acabó por caer en una grave enfermedad, que tuvo su repercusión en la casa, abriendo la puerta al desorden. Fue preciso actuar con rigor y excluir a varias chicas; se extendió la noticia y la Misericordia fue objeto de comentarios malévolos. Disminuyeron notablemente las ayudas y, como consecuencia, los fundadores se vieron en un gran apuro que les torturó durante varios meses. En vano el P. Chaminade había constituido, junto al comité de las damas patronas, una Junta compuesta por sacerdotes, entre los que se encontraban el P. Rauzan y los vicarios de Laporte y Boyer. La Junta se vio impotente. Al constatar una enorme desproporción entre los recursos y las necesidades, tomó una postura radical, en su sesión del 15 de septiembre, decidió el despido de la mitad de las chicas. Marie-Thérèse de Lamourous estuvo presente en la deliberación. Suplicó a la Junta que le diese un mes de tregua y, al volver a la Misericordia, reunió a sus chicas y les expuso la situación. «¡A pan y agua, clamaron todas, a pan y agua con tal de continuar en la Misericordia!». Cuando el P. Chaminade llegó unos instantes después, delegado por la Junta para prepararles a la dura noticia, fue acogido con las mismas manifestaciones. No tuvo necesidad de explicarse: por su propia voluntad, las penitentes se someterían a todas las privaciones que fueran necesarias para no verse en la necesidad de ejecutar la terrible decisión, al menos antes de un mes.

Pasaban los días y el horizonte no se aclaraba; se tocaba ya el último día del mes de gracia, y no había ningún trabajo, ningún crédito en ninguna parte y casi sin provisiones de ninguna clase. ¡Qué terrible mañana la del 27 de octubre de 1801! La última puerta a la que Marie-Thérèse había ido a llamar se había cerrado ante ella. Pero la confianza en Dios no decayó ni un instante y la serenidad no abandonó los rostros. No en vano los fundadores habían tomado como divisa: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*. La ayuda vino precisamente en el momento en que todo parecía desesperado: a la tarde del mismo día llegaron desde diversas partes pan, leña, vino y legumbres, como si la Providencia se hubiese tomado el trabajo de hacer reinar la abundancia donde había reinado la miseria. El P. Chaminade había compartido todas las angustias de Marie-Thérèse de Lamourous; compartió también su alegría y, pocos días después, tuvo la dicha de comunicarle que la Junta de la Misericordia contaba con más ingresos que cualquier otro comité de beneficencia de la ciudad<sup>89</sup>.

Así se terminó el año 1801, año memorable en los anales de la casa, porque vio establecerse los cimientos profundos y sólidos sobre los que reposará el edificio de la Misericordia. Si nos fuera posible seguir su maravilloso desarrollo, tendríamos que repetir con monseñor d'Aviau: «Sí, verdaderamente el dedo de Dios está aquí». Pero este relato aparece más directamente en la Vida de Marie-Thérèse de Lamourous, porque el P. Chaminade quería borrarse ante su colaboradora, diciendo que la Misericordia, aunque no le era menos querida que sus otras obras, no le pertenecía como propia y no tenía con él, al menos según las apariencias, mas que «lazos imperceptibles»<sup>90</sup>.

También la gente pudo equivocarse hasta el punto que se ha podido escribir la historia de Marie-Thérèse de Lamourous casi sin nombrar al P. Chaminade. Sin embargo, la verdad exige que saquemos a la luz la acción profunda, aunque escondida, que ejerció este hombre de Dios

<sup>88</sup> *Vie de Mlle de Lamourous*, p. 65.

<sup>89</sup> *Vie*, p. 79.

<sup>90</sup> Carta a monseñor Donnet, 26 de septiembre de 1845. *Carta 1390, Lettres, t. VI, p. 432*.

en la casa de la Misericordia durante más de cuarenta años, y la parte que le corresponde en la organización de una obra que provocó y provoca todavía una admiración tan viva.

Hasta los últimos días, esta acción fue la que había sido en tiempo de la fundación: el P. Chaminade siguió siendo el director espiritual de Marie-Thérèse de Lamourous y el superior oficial y único de la casa. Marie-Thérèse le había dedicado el respeto afectuoso y la sumisión filial que se tiene por un padre. Ella le obedecía con la docilidad de una hija; una muestra de ello es esta hermosa respuesta que le dio un día: «Padre mío, he escuchado bien y he comprendido su lenguaje; pero debo confesarle que interiormente yo creo todo lo contrario; yo siento todo lo contrario de lo que usted me dice, y saco esta conclusión: por una parte, no es de fe que yo esté en lo cierto y que vea las cosas como son, puesto que mi pobre razón puede muy bien equivocarse; por otra, es de fe cristiana que usted debe aclararme, que tiene gracias de estado para guiarme, que lo mejor que puedo hacer es obedecer. Dejo a un lado mi manera de ver y abrazo la de usted»<sup>91</sup>. Cada quince días sometía su reglamento personal no sólo a la aprobación verbal, sino a la firma de su director, para estar segura de que se encontraba en el camino de la obediencia.

Desgraciadamente ella destruyó, antes de su muerte, todos sus papeles personales. Pero por el pequeño número de ellos que nos quedaron en manos del P. Chaminade, y que nos han llegado por ese medio, podemos ver los pasos hacia adelante que daba en el camino de la perfección. Su docilidad le valió triunfar sobre sus escrúpulos, llegar a la libertad de los hijos de Dios y moverse en la atmósfera de lo sobrenatural con la misma facilidad que si la naturaleza no hubiese conservado ningún dominio sobre ella. Y sin embargo, ¡cuántas amarguras y cuántos disgustos tuvo que soportar!

Pero las más fuertes crisis, las tempestades más violentas eran incapaces de turbar la paz de su alma y la serenidad de su rostro. En esos momentos se contentaba con renovar su ofrenda de 1796, añadiendo manifestaciones como ésta<sup>92</sup>: «Consagro a los Sagrados Corazones de Jesús y de María todo el bien que haré y que harán por mí después de mi muerte, para que la voluntad de esos divinos Corazones disponga de él según su beneplácito, deseando despojarme de todo, excepto de mi voluntad de estar unida a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y de amarles por el amor de ellos mismos, abandonándome a su misericordia, a su ternura para todo lo que es y puede ser de mi interés. En fe de lo cual firmo el presente acto con mi propia sangre, y como prueba del permiso que he recibido seguirá la firma de aquel a quien Dios ha inspirado dármele».

No puede resultar extraño que Dios haya favorecido a su sierva con gracias exteriores y que haya recompensado a menudo, incluso con prodigios, su fe verdaderamente heroica. Se cuentan de ella cantidad de detalles en que lo maravilloso ha impresionado a todos los ojos, excepto a los suyos; en su humildad, parecía no darse cuenta de ello. Monseñor d'Aviau tenía de ella tan alta opinión que, informado de esos prodigios, respondió: «Más me extrañaría si no los hiciese».

En el gobierno de la casa no se dejaba aconsejar más que del P. Chaminade, sabiendo mostrar, en caso necesario, con singular energía su independencia respecto a toda ingerencia ajena<sup>93</sup>. Con su director se entendía fácilmente, no sólo por su docilidad sino también por la identidad de sus ideas y aspiraciones. No se cita más conflicto entre ellos que el que surgió con ocasión de la nueva capilla: ¿convenía colocar encima del altar mayor un cuadro o una estatua? No tardaron en llegar a un acuerdo para colgar el gran Cristo que todavía se ve hoy<sup>94</sup>.

Así pues, no produce sorpresa comprobar que la Misericordia lleva en su espíritu, como en sus prácticas, la impronta del P. Chaminade, y que, junto con las otras creaciones del mismo fundador, tiene ese aire de familia que revela un origen común.

La fe y la confianza en la divina Providencia, virtudes eminentemente características del P. Chaminade, son la base inquebrantable, la roca sobre la que reposa el edificio de la Misericordia. Toda su historia, página por página, da un testimonio elocuente de ello. Cada detalle lo acentúa: desde el nombre de *Buena Providencia* dado a la sala en que se recibe y se entrega el trabajo, y las letanías de la Providencia recitadas antes de la comida, hasta la danza que Marie-

<sup>91</sup> *Vie*, p. 325.

<sup>92</sup> 21 de noviembre de 1803.

<sup>93</sup> Se puede encontrar un ejemplo característico en su *Vie*, p. 338.

<sup>94</sup> Su *Vie*, p. 215.

Thérèse de Lamourous hizo bailar un día a sus chicas cuando se dio cuenta que estaban agotados todos los recursos. «Ahora, exclamó, debemos contar enteramente con Dios y esperar todo de él solo. Hijas mías, poneos de rodillas y agradeced a Dios no tener nada». Y después de hacer eso: «Ahora, hijas mías, por la alegría y la dicha de no tener nada, bailemos una danza». Y le obedecieron de todo corazón<sup>95</sup>. Era el espíritu del P. Chaminade adaptado al aire jovial del carácter de su colaboradora.

En la Misericordia, como en todas partes en que se extendía la influencia del P. Chaminade, la santísima Virgen presidía en todo; la casa le estaba consagrada, su imagen dominaba el punto culminante y a los pies de su estatua se depositaban las llaves de la casa. El primer sábado de cada mes se tenía una procesión con la intención especial de reconocer a María como la Madre, la Señora y la primera Superiora de la Misericordia. Cada día, a las tres, un tintineo de campana llamaba a toda la casa a la cita de la Cruz ante la Madre de los dolores, práctica común a todas las fundaciones del P. Chaminade. Finalmente, la devoción a María penetraba tanto la vida de Marie-Thérèse de Lamourous que le inspiraba los actos de la más ingenua confianza: firmaba a la santísima Virgen recibos por las sumas que reconocía deber a su solicitud maternal<sup>96</sup>. Como es de justicia, san José, el glorioso san José, según la expresión del P. Chaminade y de Marie-Thérèse de Lamourous, nunca era separado de su Esposa; era proclamado el Proveedor y Padre nutricio de la casa. Finalmente, como ya sabemos, el culto al Sagrado Corazón tenía un lugar privilegiado en los ejercicios del día.

El espíritu que se introdujo en la Misericordia era el mismo que el P. Chaminade se esforzaba en comunicar a todas sus obras y que puede caracterizarse con el nombre de *espíritu de familia*. Por parte de las directoras, sencillez y dignidad; por parte de las chicas, confianza, apertura, ausencia completa de coacción. Éstas no entraban nunca en la Misericordia contra su voluntad, y, después de haber entrado, quedaban siempre libres para marcharse, si lo querían. Pero era casi inusitado que alguna de ellas saliese por otra cosa que por ser colocada honestamente por sus directoras. El tono general de la casa estaba bien definido con las denominaciones de *Buena Madre* y *Buen Padre*, dadas a Marie-Thérèse de Lamourous y al P. Chaminade.

También era sencillo el vestido de las señoritas que, a imitación de la fundadora, sacrificaban su vida a esta obra de abnegación. Ella les decía: «Vuestro vestido es modesto y no llama la atención a nadie: para las religiosas, estáis bien, no os falta más que el velo para ser como ellas; para la gente del mundo, estáis también bien, parecéis señoritas de luto. Así, queridas hijas, no estáis desplazadas en ninguna parte». Como tendremos ocasión de verlo, eran las mismas ideas del P. Chaminade. La propia Marie-Thérèse de Lamourous daba ejemplo de ese natural lleno de encanto que hizo decir un día a un personaje oficial: «Señorita, habla usted de tal manera que no se le puede negar nada; hay en usted algo de lo que uno no se puede defender»<sup>97</sup>.

La Misericordia provocaba con razón el asombro y la admiración de todos los que llegaban a conocerla. Monseñor d'Aviau la llamaba «la maravilla de su diócesis». Ningún personaje importante pasaba por Burdeos sin visitarla. La impresión que causaba en los que podían ser jueces competentes era profunda. La Superiora de un Instituto análogo<sup>98</sup> escribía al P. Chaminade: «Su casa de Burdeos es algo admirable; le aseguro que, de todas las que he tenido ocasión de conocer y observar de más o menos cerca, es la única en que he respirado a gusto como en una especie de tierra natal, en relación con el espíritu y el régimen de esta obra tan difícil de comprender y ejercer».

La Misericordia se desarrolló de una manera sorprendente: de 35 que eran las penitentes en 1801, su número se elevó a 90 en 1808, a 300 en 1836, fecha de la muerte de Marie-Thérèse de Lamourous, y a más de 400, diez años más tarde.

El segundo local de las alamedas de Albret no les bastó después de poco tiempo. En 1807, un día la Superiora pidió al P. Chaminade su opinión sobre la compra de una parte del convento de las Annonciades que estaba en venta. Marie-Thérèse de Lamourous no tenía dinero.

<sup>95</sup> Su *Vie*, p. 281.

<sup>96</sup> Como el P. Chaminade, Marie-Thérèse de Lamourous tenía predilección por la peregrinación a Nuestra Señora de Verdélais.

<sup>97</sup> La escena es para leerla entera (véase su *Vie*, p. 172-173). Ocurre en París, en 1813, durante la estancia que Marie-Thérèse de Lamourous tuvo en esta ciudad para solicitar de la administración de Tabacos la prolongación del trabajo que le acababan de retirar.

<sup>98</sup> La Superiora del Bon-Pasteur de Rouen, 4 de junio de 1839.

El P. Chaminade se recogió un instante y le dijo: «Antes de responder a su pregunta, permita que sea yo quien le pregunte: ¿Cree usted firmemente que esta obra es obra de Dios? - Sí, respondió ella, lo creo firmemente - ¿Cree que usted está llamada a esta obra? - Sí, lo creo firmemente.- Pues bien, ¡cómprala!, pero no se contente con una parte, compre los dos lotes, la casa y la iglesia»<sup>99</sup>.

Esta confianza en la Providencia estaba justificada. Al año siguiente, cuando la estancia del emperador en Burdeos, el ministro de Estado Maret se interesó por la Misericordia y cargó al Tesoro el precio de compra, que se elevaba a 28.000 francos, y añadió un donativo de 12.000 francos para las reparaciones. Amigos imprudentes presionaron a Marie-Thérèse de Lamourous para que pidiese más, para que solicitase un subsidio regular por parte del gobierno. Iba a ceder, aunque de mala gana, cuando el P. Chaminade la retuvo y le dijo que no comprometiese tan temerariamente su libertad y la de su obra. No tuvo que arrepentirse de haber seguido la opinión del P. Chaminade: la Providencia, en quien puso su confianza, no le falló nunca<sup>100</sup>.

En diversos sitios se crearon casas para arrepentidas a ejemplo de la Misericordia de Burdeos. Encontramos numerosas menciones en la correspondencia del P. Chaminade. Tres establecimientos de este tipo derivaron directamente del de Burdeos, viviendo el P. Chaminade: los de Laval, Cahors y Libourne<sup>101</sup>. Otros se inspiraron en las reglas y el espíritu de la Misericordia. Así, vemos que solicitan al P. Chaminade trabajar en una fundación de este tipo en Agen en 1824 y en Rouen en 1839.

Siguiendo los progresos de la obra de la Misericordia, hemos sobrepasado con creces la época de la vida del P. Chaminade a la que nos había llevado el orden cronológico. Volvamos sobre nuestros pasos para darnos cuenta de sus otros trabajos, de aquellos en los que iba a operar Marie-Thérèse de Lamourous antes de su vocación a la Misericordia.

El P. Chaminade había hecho a Dios el generoso sacrificio de esta colaboración: Dios le compensó, no sólo dándole nuevos auxiliares, sino devolviéndole en cierta medida a la propia Marie-Thérèse de Lamourous. Como su director, Marie-Thérèse estaba dotada de una actividad desbordante. En cuanto se superaron la primeras dificultades de la Misericordia, se puso a disposición del P. Chaminade para ayudarle en sus diversas obras. Fue para él en toda su carrera un auxiliar precioso, colaborando especialmente en la fundación de la Congregación de las jóvenes en Burdeos y en la fundación del Instituto de Hijas de María en Agen. Su nombre reaparecerá varias veces en el transcurso de este relato.

\*\*\*\*\*

<sup>99</sup> *Vie de Mlle. de Lamourous*, p. 116.

<sup>100</sup> *Vie de Mlle. de Lamourous*, p. 135. El autor de la *Vie* no hace intervenir al P. Chaminade en su relato, pero sabemos el papel que jugó por una carta del P. Chevaux al P. Léon Meyer (22 de mayo de 1851). Dice Chevaux: «Recuerde que el buen padre Chaminade rehusó muy humildemente cuando Bonaparte quiso dotar a la casa de la Misericordia de Burdeos. La razón era que temió no ser ya libre para hacer el bien, lo que, sin duda, habría sucedido»

<sup>101</sup> El 25 de septiembre de 1839, el obispo de Cahors pidió al P. Chaminade que ayudase a la señora Fournier a la fundación de la Misericordia en esta ciudad. La fundación de Laval data de 1818, y la Libourne de 1840.